LA BÚSQUEDA DE LA HEGEMONÍA MARÍTIMA Y COMERCIAL. LA PARTICIPACIÓN DE INGLATERRA EN LA GUERRA DE SUCESIÓN ESPAÑOLA SEGÚN LA OBRA DE FRANCISCO DE CASTELLVÍ «NARRACIONES HISTÓRICAS» (1700-1715)*

AGUSTÍN JIMÉNEZ MORENO

Universidad Complutense de Madrid

ALGUNOS DATOS SOBRE EL AUTOR

Francisco de Castellví (1682-1757) fue un caballero de la pequeña nobleza catalana, partidario del pretendiente austriaco a la Corona de España. Luchó como capitán en la defensa de Barcelona (1714), siendo perseguido por el nuevo régimen borbónico después de la derrota de los Habsburgo, lo que le llevó a exiliarse en Viena, donde publicó en 1726, (en 6 volúmenes), sus «Narraciones Históricas». A pesar de no tratarse de una fuente inédita, y que ya ha sido utilizada en anteriores trabajos¹, es la primera vez que se acomete el estudio sistemático de la participación de uno de los contendientes en el conflicto sucesorio español, en este caso Inglaterra, a través de su obra.

* La realización de este artículo ha sido posible, en gran medida, gracias a una Beca Doctoral, concedida por la Fundación CajaMadrid.

1. Sobre todo por parte de la profesora León Sanz, entre cuyos trabajos, que mencionan a Francisco de Castellví, destacamos: LEÓN SANZ, V.: «Los españoles austracistas exiliados y las medidas de Carlos VI, 1713-1725», en: *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, nº 10 (1991), pp. 165-176. *Entre Austrias y Borbones*. Madrid, 1993. «El reinado del archiduque Carlos en España: la continuidad de un programa dinástico de gobierno», en: *Manuscrits*, nº 18 (2000). pp. 41-62. Más recientemente: DEFOE, D.: *Memorias de guerra del capitán George Carleton. Los españoles vistos por un oficial inglés durante la Guerra de Sucesión* (Edición, estudio preliminar y notas de LEÓN SANZ, V.), Murcia, 2002. GARCÍA CÁRCCEL, R.: «La opinión de los españoles sobre Felipe V después de la Guerra de Sucesión», en: *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*. (2002), I. pp. 103-125.

La obra de Castellví, principal fuente para el estudio de la intervención catalana en el conflicto², nos ofrece información de primera mano sobre la participación inglesa en la Guerra de Sucesión Española, a los ojos de un personaje que jugó un activo papel en la misma, y que confiaba en la intervención de esta potencia como garante de las libertades catalanas.

CONSIDERACIONES INICIALES

Según nuestro criterio, dos fueron las razones que movieron a Inglaterra a intervenir en la contienda sucesoria española. En primer lugar, todos los indicios nos hacen pensar que los rectores de la política exterior inglesa consideraron el estallido de las hostilidades como el momento idóneo para culminar un proceso, iniciado en la segunda mitad del siglo XVII, cuyo objetivo final era la hegemonía marítima y comercial de Inglaterra.

La prueba más evidente de ello es el hecho de que Inglaterra se enfrentó tres veces a las Provincias Unidas por cuestiones mercantiles, relacionadas con el comercio americano y del Mar del Norte³. Sin embargo, sus intereses estratégicos no se circunscribieron a ese ámbito, ya que también buscaron introducirse en el Mediterráneo⁴ y en Canarias⁵. En concordancia con lo cual, podemos afirmar que las veleidades tala-

2. Según García Cárcel, la obra de Castellví es: «un repertorio a lo who is who? de todos y cada uno de los participantes a lo largo de la guerra, como si más que la revelación de los hechos, lo que interesase a Castellví es fijar claramente el papel de cada uno de los que tuvieron que ver algo en el conflicto». De esta manera, el año de su publicación no fue casual, ya que un año antes (1725) los dos antiguos rivales por el trono español habían firmado la paz, lo que dio lugar a que un gran número de exiliados, partidarios del archiduque Carlos, pudieran regresar a España *Ibidem*. pp. 112-113.
3. Sobre los enfrentamientos anglo-holandeses destacamos los siguientes trabajos: FARNELL, J.E.: «The Navigation Act of 1651, the First Dutch War and the London Merchant Community», en: *The Economic History Review*, XVI, nº3 (1964), pp. 439-454. BOXER, C.R.: *The Anglo-Dutch Wars of the 17th century, 1652-1674*. Londres, 1974. WILSON, C.: *Profit and power. A study of England and the Dutch Wars*. La Haya, 1978. SEAWARD, P.: «The House of Commons Committee of Trade and the origins of the second anglo-dutch war, 1664», en: *The Historical Journal*, XXX, nº2 (1987), pp. 437-452. HORNSTEIN, S.R.: *The Restoration Navy English foreign trade, 1674-1688. A study in the peacetime use of sea power*. Aldershot, 1991. IRVIN, D.A.: Mercantilism as strategic trade policy: the anglo-dutch rivalry for the East India Trade», en: *Journal of political economy*, XCIX, nº 6 (1991), pp. 1296-1314.
4. KOENIGSBERGER, M.G.: «English Merchants in Naples and Sicily in the seventeenth century», en: *English Historical Review*, vol. 62, nº 244 (1947), pp. 304-326. DAVIS, R.: «England and the Mediterranean, 1570-1670», en: FISHER, F.J. (ed.): *Essays in the economic and social History of Tudor and Stuart England*. Cambridge, 1961, pp. 117-137. VALLADARES RAMÍREZ, R.: «Inglaterra, Tánger y el «Estrecho Compartido». Los inicios del asentamiento inglés en el Mediterráneo occidental durante la guerra hispano-portuguesa (1641-1661)», en: *Hispania*, LI, nº 179, nº 3 (1991), pp. 965-991. HERRERO SÁNCHEZ, M.: *El acercamiento hispano-neerlandés (1648-1678)*, Madrid, 2000, pp. 331-376.
5. La presencia inglesa en el archipiélago canario se remontaba a finales del siglo XVI y se mantuvo, con altibajos, a lo largo de todo el siglo XVII, intensificándose a partir de la segunda mitad de esta centuria, con un claro objetivo, aprovechar su posición e introducirse en el comercio con las Indias españolas; en este intercambio comercial, los británicos importaban vino y exportaban productos manufacturados. FAJARDO SPÍNOLA, F.: «Guerra y contrabando en las islas Canarias en el siglo XVII», en: ARANDA PÉREZ,

socráticas de Inglaterra no surgen de la nada en el siglo XVIII, sino que responden a un fenómeno que tiene sus raíces a finales del siglo XVI, se desarrolla, sobre todo, a partir de la segunda mitad del siglo XVII y alcanza su madurez en los siglos XVIII y XIX. De esta manera, la esperanza de obtener unas amplias cuotas de mercado en su comercio con España⁶ y, sobre todo, sus posesiones americanas, fue un poderoso motivo para que Inglaterra se decidiera a intervenir en la guerra, aunque ciertamente, hubiera preferido que el conflicto se circunscribiera al ámbito marítimo, y no mediante una costosa guerra terrestre⁷.

En cuanto a la segunda, Inglaterra, debido a su inestabilidad interna, había iniciado un camino que, inevitablemente, conducía al enfrentamiento con la Francia borbónica. Esta situación tiene su origen en la década de los 80 del siglo XVII, y alcanza el punto culminante en 1688, cuando el rey Jacobo II Estuardo (de confesión católica) tuvo que huir del país tras la llegada del protestante Guillermo III de Orange al trono inglés (con la colaboración de las dos hijas de Jacobo: Maria, esposa de Guillermo y Ana, que reinará en Inglaterra a la muerte de Orange), todo ello inserto en el contexto general de la Guerra de la Liga de Augsburgo o de los Nueve años 1688-1697.

El rey depuesto buscó el apoyo de Luis XIV para recuperar el trono, auxiliado por el Rey Sol con hombres y armas y, por los católicos irlandeses, trató de recuperar su Corona; pero tras la batalla de El Boyne (julio 1690), la causa jacobita fue derrotada

F.J. (COORD): *La declinación de la Monarquía Hispánica*. Actas de la VII Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna (celebrada en Ciudad Real los días 3-6 de junio de 2002). Cuenca, 2004, pp. 465-479. En 1666 los ingleses fundaron una compañía de comercio para centralizar el comercio de vinos, aunque las quejas de los comerciantes sevillanos, que verían sus beneficios reducidos, hicieron que no saliera adelante. *Consulta de la Cámara en la que representa lo que se le ofrece sobre una consulta del consejo de Estado cerca de la compañía que ingleses intentaron introducir en las islas Canarias*. Madrid, 27-11-1666. AHN, Consejos, Leg. 4440, n°82. Pero la integración de la comunidad mercantil inglesa en Canarias era una realidad, una muestra la encontramos en una consulta de principios de 1668, cuando con motivo de la leva de un tercio de mil hombres en el archipiélago, para servir en Flandes, éstos ofrecen un donativo para ayudar a los gastos de reclutamiento, a cambio de que se les permita elegir la persona que desempeñe el cargo de juez conservador (que se ocuparía de todos sus pleitos y negocios), a lo que la reina se muestra conforme. *Consulta de la Cámara en la que representa lo que se le ofrece sobre el memorial de D. Francisco Espino, regidor de la isla de Canaria, en razón de los 6.000 ducados con que ha ofrecido servir, y otros medios que propone para ayuda a levantar el tercio en aquellas islas que V.M. ha mandado*. Madrid, 19-1-1668. AHN, Consejos, Leg. 4441, n°5.

6. Sin embargo, ya a finales de la década de los 60 del siglo XVII, Inglaterra ya había obtenido unas condiciones más que favorables en sus relaciones comerciales con la Monarquía Hispánica, tal y como se desprende del tratado firmado en mayo de 1667, «para la continuación y renovación de paz y amistad entre las Coronas de Gran Bretaña y España». En dicho acuerdo, se autorizaba a los súbditos británicos a tener libertad de tránsito en los territorios de la Monarquía Hispánica, y a comerciar en aquellos lugares donde ya se había hecho; es decir, se reconoce de derecho una práctica de hecho. Igualmente, tampoco se podría imponer impuestos adicionales a los comerciantes ingleses, y se les autorizaba a introducir y sacar mercancías de España. Finalmente, se les autorizaba a comerciar con las provincias leales de los Países Bajos. *Tratado para la continuación y renovación de paz y amistad entre las Coronas de España y Gran Bretaña*. Madrid, 23-5-1667. AHN, Consejos, Leg. 4442, n°15.

7. FRANCIS, D.: *The First Peninsular War, 1702-1715*. Londres, 1975. p. 5.

y el monarca se vio obligado a exiliarse en París. De este modo, Guillermo III pasó a convertirse en el soberano de las dos grandes potencias marítimas europeas y a llevar a cabo una política claramente antifrancesa. Estos acontecimientos enrarecieron las relaciones entre ambos países, especialmente a raíz de que Luis XIV acogiera a Jacobo II en Versalles, convirtiéndose en el valedor de los derechos de los Estuardo al trono inglés. De manera que la subida al trono de Guillermo III significó un freno a los planes hegemónicos franceses, ya que el principio de no intervención en el continente, válido con Jacobo II, va a ser abandonado a favor de unas prácticas que estaban abocadas al enfrentamiento con Francia⁸.

Por otra parte, se ha considerado válida la opinión, comúnmente aceptada, de que la Guerra de Sucesión Española escondía, bajo la máscara de un simple conflicto dinástico, una encrucijada entre dos concepciones de Europa y de las relaciones internacionales: la de Luis XIV, cuya meta era que Francia ostentase la hegemonía en Europa, sumada a España; o la de las potencias aliadas, articulada en torno al principio de equilibrio continental, promovida por Inglaterra⁹. Así, la defensa de dicha máxima ha sido una de las causas que han justificado la intervención inglesa contra Francia¹⁰.

Luis XIV era consciente de que las potencias marítimas eran las únicas capaces de poner coto a sus planes expansionistas. Para superar este escollo, se trató de compensarlas mediante su inclusión en un tratado de división en el que Francia, Inglaterra y Holanda se repartían los dominios de la Monarquía Hispánica¹¹. Sin embargo, este

8. La alianza anglo-holandesa tenía un punto de partida claramente antiborbónico, cuyo objetivo principal era evitar que los Borbones se hicieran con el trono de España. Según Crespo Solana: «el plan de guerra era un proyecto anti-francés para galvanizar las fuerzas entre el bloque anglo-holandés y la Casa de Austria y, más adelante, de la propia España, contra el crecimiento exorbitante del poder de Francia». CRESPO SOLANO, A.: «Implicaciones y consecuencias de la Pax Holandesa», en: GUIMERÁ, A. y PERALTA, V. (coords.) *El equilibrio de los imperios: de Utrecht a Trafalgar*. Actas de la VIII Reunión Científica de la Fundación de Historia Moderna (celebrada en Madrid los días 2-4 de junio de 2004). Madrid, 2005. p. 105. Por otra parte, nos parece enormemente clarificador el planteamiento de Jover Zamora, al considerar que a finales del siglo XVII la política exterior inglesa ha alcanzado su mayoría de edad, no contentándose con formar parte de coaliciones contra el Rey Sol, y que ha llegado el momento de imponer sus designios. JOVER ZAMORA, J.M^a: *España en la política internacional, siglos XVIII-XIX*, Madrid, 1999. p. 18.
9. GÓMEZ MOLLEDA, D.: *Gibraltar, una contienda diplomática en el reinado de Felipe V*. Madrid, 1953. p. 6.
10. Para Loosky Guillermo III era consciente de que la libertad de Europa estaba amenazada por la desmedida ambición de Luis XIV; se trataba, sobre todo, de mantener la independencia de los diferentes estados europeos. Este autor considera que el Tratado de la Gran Alianza, firmado en La Haya, en 1701, no hacía referencia al principio de equilibrio, pero se valoraba en su justa medida el peligro que suponía para las libertades europeas la unión de las coronas de Francia y España en una sola persona (aunque no se incluyó nunca el concepto de equilibrio en referencia al poder naval). LOOSKY, A.: «Las relaciones internacionales en Europa», en *Historia del Mundo Moderno de la Universidad de Cambridge* (edición española: Barcelona, 1979) Vol. 6. El auge de Gran Bretaña y Rusia. p. 112.
11. Es innegable que, tras la Paz de Ryswick (1697), la política de Luis XIV cambió notablemente. El monarca francés sabía que la salud de Carlos II era precaria, y que su sueño de unir las Coronas de Francia y España en una misma persona estaba cercano. Así, buscaría apaciguar a las potencias marítimas mediante su participación en los tratados de división de la Monarquía Hispánica. Esta impresión se

proyecto de reparto encontró detractores, tanto por las formas como por el fondo del mismo. En cuanto a las primeras, se critica la política de hechos consumados de las tres potencias signatarias, pues en ningún momento se tuvo en cuenta la voluntad de Carlos II, monarca legítimo de la Monarquía Hispánica, ni que es a él a quien corresponde nombrar el sucesor de su Corona; así como la falta de respeto a las leyes internacionales, ya que ninguna potencia tiene derecho a injerirse en asuntos internos de otra. Todo ello vendría a reflejar el estado de postración en el que se encontraba la Corona española, incapaz de hacer frente a las ambiciones territoriales de las potencias europeas. Igualmente, destaca el hecho de que Francia, enemiga su enemiga secular, sea la que marque las pautas a seguir, según refleja el embajador de Venecia en una carta escrita al Senado de la república¹².

En cuanto al fondo, a pesar de que se le reviste como el mejor medio para preservar la paz en el continente, se le considera como una trampa, ya que únicamente tiene

vería corroborada por la frialdad con que fue acogida esta paz por parte de «la opinión pública» francesa, según se desprende de una carta del famoso ingeniero militar Vauban al dramaturgo Racine, en la que la considera «más deshonrosa que la de Cateau-Cambresis». Citado por BENITO LÁZARO, M.M.: «La diplomacia francesa ante los desafíos del siglo XVIII. La visión de François de Callières», en: GUIMERÁ, A. y PERALTA, V. (coords.) *El equilibrio de los imperios: de Utrecht a Trafalgar*. Actas de la VIII Reunión Científica de la Fundación de Historia Moderna (celebrada en Madrid los días 2-4 de junio de 2004). Madrid, 2005. pp. 55-65. La cita en p.57.

Los designios del Rey Sol cristalizarían en un tratado firmado en junio de 1699, tras la muerte del pretendiente bávaro, José Fernando de Baviera, y confirmado en Londres en marzo de 1700. Según sus términos, el archiduque Carlos obtendría España y las Indias; Francia se anexionaría Nápoles, Sicilia, la Toscana, Guipúzcoa y Lorena; el Duque de Lorena, como compensación obtendría Milán y los Países Bajos españoles se declararían independientes. El acuerdo entraría en vigor en el momento de fallecer Carlos II y los tres signatarios se comprometían a prestarse ayuda militar en caso de que una tercera potencia se opusiera a su ejecución.

12. «(.....) si hacemos memoria al altivo genio de la nación española, y acierto con que en los tiempos pasados ha sabido dirigir sus operaciones políticas, escandaliza verla hoy tan separada del camino que solía seguir. Y dejando aparte lo que nunca de ella se pudo imaginar, que es sujetar su cerviz, nunca domada, al yugo de la Francia, su capital enemiga». *Copia de carta que el embajador de Venecia en la Corte de España, escribió a su república en 8 de julio de 1700, traducida del idioma italiano en el castellano*. B.N., Mss., 402. Fols. 93v-94r.

En una línea similar se pronuncia un personaje anónimo, próximo a los círculos diplomáticos de la Monarquía Hispánica, (un ministro del norte, según se denomina) donde expone su parecer sobre el tratado suscrito entre Inglaterra Holanda y Francia, para el reparto de la Monarquía Hispánica, ratificado en Londres en marzo de 1700, por sus palabras, muy crítico con la posibilidad de que Francia se hiciera con posesiones españolas, suponemos que sería partidario del archiduque Carlos, al afirmar que: «El tratado concluido no es un proyecto que proponen a V.M., sujetándolo, como debieron, a su real deliberación. Sino como un decreto que intiman a V.M. y a sus reinos, despreciando el derecho que todas las leyes divinas y humanas le dan. En el caso nuestro se pretende privar de esto no sólo a los reinos y dominios de la monarquía, sino a V.M. mismo, a quien principalmente compete la declaración de su legítimo sucesor. Y tres potencias extranjeras se usurpan el arbitrio de disponer tan despóticamente de tan gran Corona.» *Alianza entre Holanda e Inglaterra para la sucesión y repartición de la Monarquía de España*. Lérida, 10-7-1700. B.N., Mss. 22.727⁵. Fol. 17r. Véase tb.: *Carta del duque de Medinaceli, virrey de Nápoles, sobre el reparto de la monarquía de España*. Nápoles, 11-7-1700. B.N., Mss. 10.910. Fols. 91v-95v.

como objetivo el evitar que las potencias marítimas se opongan a los designios de Luis XIV. De esta manera, si el Rey Sol se hace con las posesiones pactadas en el tratado, se encontrará en una posición inmejorable para conquistar el resto la herencia hispánica. Es decir buscaría obtener con la diplomacia y la negociación aquello que únicamente podría conseguir con la fuerza de las armas, a un precio mucho más alto¹³. En este sentido, pone de manifiesto que con este tratado únicamente se fortalece, aún más, a la nación más poderosa de Europa, y que el resto de potencias, aún unidas, no pudieran contestar su hegemonía.

Del mismo modo, critica la falta de coherencia de Holanda e Inglaterra a la hora de aceptar este acuerdo ya que, si se aplicara en los términos dispuestos, Francia se adueñaría de los territorios italianos más importantes y, por ende toda la península estaría sometida a los dictados de París, y lo que es más importante, «quedaría dueña del comercio de Levante, en que tanto interesan Inglaterra y Holanda»¹⁴.

El embajador veneciano también destaca las incongruencias de la política de las potencias marítimas, ya que después de haberse enfrentado a Luis XIV en la guerra de la Liga de Habsburgo «a costa de tanta sangre y tesoros, sin más fin ni otro interés que el de abatir la potencia de Francia y contener sus vastos designios; y al mismo tiempo abrigar y defender de su ambición la monarquía española», no entiende como ahora están dispuestas a permitir que su principal antagonista logre sus objetivos. Del mismo modo, incide en las consecuencias comerciales que todo ello tendría, pues si los franceses se adueñaran de Sicilia, quedarían dueños del comercio mediterráneo. Pero no sólo obtendrían beneficios en este escenario comercial, ya que los comerciantes galos tendrían una oportunidad inmejorable para tomar parte en el comercio transoceánico, en detrimento de Inglaterra y Holanda¹⁵. La única explicación que el diplomático encuentra al comportamiento de Guillermo III, es su deseo de asentarse, definitivamente, en el trono de Gran Bretaña. No debemos olvidar que el apoyo prestado por el Rey Sol a Jacobo II se traducían en una amenaza casi permanente sobre la cabeza del monarca inglés¹⁶.

13. *Ibidem*. Fols. 8v-9v y 14r-v.

14. *Ibidem*. Fol. 10v-11r.

15. Copia de carta que el embajador de Venecia..... *Op. cit.* Fols. 96r-98r.

16. «(.....) Y descendiendo a la conveniencia personal que el rey británico pueda pensar exigir de este tratado, se juzga que, viendo cuan poco firmes pisan los reyes el territorio de Inglaterra, ha querido tener de su parte al Cristianísimo para que en su vida no le falte aquel trono, o un equivalente, que hay quien diga se le ha prometido, ofreciéndole en cualquier contrario evento a Holanda, con título de rey. Pero nunca se creyó que tales astutas ofertas pudieran mover su ánimo, pues a la discreción y práctico conocimiento del Británico, no debe alejarse el que siempre que el Cristianismo esté en aptitud de arrojar de Inglaterra, y restituir al rey Jacobo, con quien tiene contraídas singulares prendas de empeño, a este fin lo ejecutará, sin cumplirle la palabra el equivalente de Holanda, pues nada que el rey Guillermo practique en obsequiar de la de la Francia, llegará a arrancar el íntimo y radicado odio que conserva aquella nación a su persona, como lo acreditan tan repetidas experiencias.» *Ibidem*. Fol. 98r-v.

EL CAMINO HACIA LA GUERRA Y EL INICIO DE LAS HOSTILIDADES (1701-1705)

Los designios ingleses difícilmente se podrían conseguir con la presencia de una monarquía omnipotente como la que hubiera resultado de la unión de las coronas de España y Francia en un mismo rey. Europa habría quedado a su merced, las libertades protestantes se hubieran visto amenazadas y, lo más importante, Inglaterra no hubiera podido introducirse en la red comercial de la Monarquía Hispánica, ya que Francia hubiera pasado a controlar el imperio colonial español, con las consiguientes restricciones al comercio británico¹⁷. Por otra parte, Inglaterra podía obtener cuantiosas ventajas de la disgregación de la Monarquía Hispánica y establecerse en zonas donde su presencia no era significativa. Finalmente, la aparición de una potencia hegemónica en Europa, habría torpedeado todos estos planes ya que Francia, en este caso, podría haber llegado a disputar la primacía en los mares a Inglaterra, en cambio, con un sistema de equilibrio, con la presencia de una serie de potencias que la contrarrestaran, no tendría la suficiente capacidad para contestar el dominio inglés en el mar¹⁸.

Cuando se tuvo noticia de la muerte del rey español, y de que en el testamento se nombraba al duque de Anjou como rey de España, Guillermo III lo aceptó (a pesar de que significaba grandes concesiones) para evitar un conflicto europeo. A mediados de noviembre de 1700, llegó a Londres el conde de Tallard (autor del tratado de división); tras entrevistarse con el rey, éste comunicó al enviado francés que Luis XIV se había comprometido (por dicho tratado) a renunciar a la Corona de España para su nieto, no estando de acuerdo con que Felipe de Anjou ocupara el trono. El rey recibió el apoyo total del Parlamento para mantener hasta las últimas consecuencias los tratados firmados, y para aliarse con quien creyera conveniente para «conservar la libertad

17. A la muerte de Carlos II (1 de noviembre de 1700) Felipe de Anjou, nieto del rey francés, fue nombrado rey de España; tras varios proyectos de reparto y varios candidatos al trono, el testamento del último Austria designó a Felipe como rey, en gran medida porque Francia era la única potencia capaz de asegurar la integridad territorial de la Monarquía Hispánica. Tras la entrada del Duque de Anjou en Madrid, 18 de febrero de 1701, las potencias de la Gran Alianza: Inglaterra, Holanda y el Imperio; a la que posteriormente se unirán Portugal, Saboya y la mayoría de los principados alemanes, salvo Baviera y Colonia, declararon la guerra a España y Francia, en defensa de la candidatura del archiduque Carlos de Austria (marzo 1702). Según León Sanz, la Guerra de Sucesión fue un conflicto europeo de amplias dimensiones, suscitado por el choque dinástico, pero cuya motivación de fondo está en las relaciones de potencia y en el equilibrio de poder, pero concreta y canaliza las tensiones europeas de diverso origen; pues apenas se comenzaron las hostilidades, se desencadenan dos conflictos diferentes: el del dominio de los mares y el de la hegemonía dinástica. La Gran Alianza presenta una disparidad de intereses, pues desde el primer momento aparece la preocupación de la Corte de Viena por Italia y el objetivo colonial y comercial de las potencias marítimas. En torno a estas dos grandes aspiraciones se articula la alianza y ambas coinciden en hacer frente a la hegemonía francesa. LEÓN SANZ, V.: Entre Austrias y Borbones..... *Op. cit.*, pp. 12-13.

18. En cuanto a la actitud de Guillermo III, en principio opuesta al enfrentamiento con Luis XIV, ésta venía motivada por la esperanza que el monarca tenía de lograr, por medio del reparto de la Monarquía Hispánica, el acceso a los centros comerciales a los que aspiraba. Su comportamiento también vendría motivado por un acuerdo secreto con el Rey Sol, según el cual, si se avenía a firmar el tratado de reparto, le reconocería como legítimo rey de la Gran Bretaña. Alianza entre.....*Op. cit.* Fol. 11v-12.

de la Europa, la prosperidad de la Inglaterra y para abajar el poder exorbitante de la Francia»¹⁹.

De manera que, según Castellví, el 17 de septiembre de 1701 se firmó el tratado de la Gran Alianza entre el Emperador, Inglaterra y Holanda; según dicho tratado, las potencias marítimas se comprometían a conceder al Emperador «*una satisfacción razonable sobre la pretensión a la sucesión de España*». Igualmente, se comprometían a conquistar para la Casa de Austria: los Países Bajos españoles, el ducado de Milán como feudo imperial, Nápoles y Sicilia, los presidios de Toscana y asegurar la Barrera en Flandes, de forma que la Gran Alianza partía de la premisa de que la Monarquía Hispánica debía ser dividida. Igualmente, Inglaterra, por su parte, se comprometía a aportar 40.000 hombres y a asumir «*de ocho partes del gasto de las flotas y escuadras, cinco*»²⁰.

La importancia de las cuestiones comerciales en el estallido de la contienda, se pueden apreciar en la concesión que Felipe V hizo, a finales de agosto, a la francesa *Compagnie de Guinée*, del privilegio de transportar en América, durante 10 años, 48.000 esclavos negros. Esto significaba que Francia entraba de lleno en el comercio americano, obteniendo el monopolio del tráfico negrero, aspecto que chocaba con los deseos ingleses de dominar las rutas comerciales. Otro motivo de conflicto entre Francia e Inglaterra tuvo lugar a mediados de septiembre de ese mismo año, cuando fue proclamado en París, como rey de Inglaterra, el príncipe Jacobo, hijo de Jacobo II, que acababa de morir²¹.

La situación interna de Inglaterra volvía a complicarse cuando el 19 de marzo de 1702, tras sufrir un accidente de caza, el rey Guillermo III moría; siendo sucedido por la princesa Ana, hija segunda de Jacobo II Estuardo. Poco después se acordó con los Estados Generales nombrar al duque de Marlborough²² como comandante en jefe de las tropas aliadas en Flandes. Al mismo tiempo (nueva muestra del deseo inglés de tomar posiciones en el comercio americano) se proyectó una expedición contra Cuba y Florida, para hacerse con la posesión de estos enclaves y asestar un golpe definitivo a los envíos de plata americana desde el virreinato de Nueva España, pero este proyecto fue abandonado porque el Emperador no se mostró conforme con el.

No obstante, las potencias marítimas buscaban debilitar las rutas comerciales españoles, para lo cual, en vista de la suspensión de la expedición a Cuba y Florida,

19. CASTELLVÍ, F. de: *Narraciones históricas* (6 vols., Viena, 1726. La edición manejada es la publicada en Madrid entre 1997 y 1999, que abarca los tres primeros volúmenes). vol. I. p. 197.

20. *Ibidem*. p. 199.

21. *Ibidem*. p. 268.

22. John Churchill, duque de Marlborough (1650-1722), en principio fue leal a Jacobo II, pero en junio de 1688 se pasó al bando orangista. Durante la Guerra de Sucesión obtuvo importantísimas victorias en Flandes; cayendo en desgracia en 1710, con el giro político del Parlamento. Destacamos las siguientes biografías: CHURCHILL, W.S.: *Marlborough: his life and times*. Londres, 1947. REVESZ, A.: *Mambrú (John Churchill, duque de Marlborough)*. Madrid, 1947. Desde un punto de vista más militar: CHANDLER, D.: *The art of warfare in the age of Marlborough*. Nueva York, 1990.

optaron por ocupar Cádiz. Con ello impedían que Felipe V recibiera los caudales procedentes de América, a la vez que se apoderaban de la principal reserva equina de la península. En sus preparativos, se tuvo especial cuidado para no levantar suspicacias entre la población española, se buscaba que no fueran vistos como herejes invasores, sino como defensores de los derechos del Archiduque Carlos al trono. De manera que se buscó un jefe católico para la expedición, Jorge de Darmstadt, y se extremó la disciplina para evitar saqueos, entradas en los templos y, en general, problemas con la población civil. El 1 de agosto de 1702, la flota anglo-holandesa²³, al mando del almirante Rooke, se hizo a la mar, llegando a Cádiz el día 23. Ese mismo día, el jefe de las tropas de desembarco, duque de Ormond, solicitó la rendición de la plaza al gobernador, Don Escipión Brancaccio, napolitano, que únicamente podía oponer 2.300 hombres a estas imponentes fuerzas. El desembarco aliado fue fulgurante, cayendo en sus manos la mayoría de las plazas prácticamente sin oposición; pero su comportamiento dejó bastante que desear, ya que el día 16 de septiembre saquearon el Puerto de Santa María²⁴.

Este hecho, según Castellví, fue el origen de la aversión castellana a la causa del archiduque. Tras sus correrías por Andalucía, pusieron rumbo al norte; pero el 1 de octubre el embajador imperial en Portugal, conde Waldstein, notificó que los galeones procedentes de América habían se encontraban en Vigo desde el día 22 de septiembre. La armada aliada se puso en marcha hacia el puerto gallego, y justo un mes después desembarcaron 4.000 hombres; dos días después el almirante Opson entró en el recinto portuario y tomó 6 navíos intactos (cuya toma le reportó unos beneficios de 8 millones de pesos y 150 cañones). Esta incursión ocasionó graves trastornos a las Dos Coronas (Castellví utiliza este término para referirse a España y Francia), pues significó el primer triunfo aliado en el mar, que no olvidemos era uno de los objetivos perseguidos por Inglaterra, y ratificó la supremacía naval aliada durante la contienda.

La diplomacia inglesa, por su parte, no permaneció pasiva, pues tuvo mucho que ver en la conclusión del tratado firmado entre las tres potencias de la Gran Alianza y Portugal (20 de diciembre de 1702), rubricado en mayo de 1703 y ratificado por el archiduque en septiembre (este fue el primer tratado que firmó Carlos de Austria como

23. Compuesta por 76 navíos de guerra, 50 de transporte y 19 navíos menores, en total 145. La flota transportaba 30 cañones de batir, 18 morteros, 20.000 bombas, fusiles, botas, sillas y lo necesario para armar 30.000 españoles. Igualmente, embarcaron 10.000 soldados ingleses y cuatro regimientos holandeses. *Ibidem*. p. 366.

24. FRANCIS, D.: *Op. cit.* pp. 42-54. Este hecho, según Castellví, tuvo grandes repercusiones ya que: «No se hizo castigo en la persona de Ormond, y quedó radicada en las Castillas la aprehensión que era premeditado y positivo orden de los aliados los saqueos y sacrilegios, como preliminares de pervertir la religión. Declaró el tiempo ser Ormond del todo parcial a la Francia y que obró con premeditada reflexión para hacer del todo dificultosa la empresa de ocupar la Castilla los austriacos». CASTELLVÍ, F. de: *Op. cit.* vol. I. p. 367. Sobre los efectos de la guerra de Sucesión en Andalucía, aunque se centra preferentemente en la provincia de Córdoba: CALVO POYATO, J.: *Guerra de Sucesión en Andalucía: Aportación al conflicto de los pueblos del sur de Córdoba*. Málaga, 2002.

rey de España), comprometiéndose a aportar la tercera parte de los gastos en que incurrieran Inglaterra y Holanda con motivo de la guerra de Portugal.

La inclusión de Portugal en el bloque anti-borbónico también podía significar una ocasión para afianzar su presencia en el comercio portugués, iniciado desde finales del siglo XVII, pues al quedar los puertos portugueses a disposición de los aliados, estos fueron considerados como bases navales inglesas desde las cuales lanzar operaciones de castigo contra las posesiones leales a Felipe de Anjou. Junto a este tratado de carácter político, a finales de diciembre de 1703, se firmó un tratado comercial entre Portugal e Inglaterra, que abría los mercados portugueses y brasileños a los paños ingleses y el mercado inglés a los vinos portugueses. La postura portuguesa se caracteriza por su ambigüedad, ya que en junio de 1701, concluía un tratado con Francia y España, que impedía a los aliados utilizar los puertos portugueses. Pero la demostración de fuerza realizada en Vigo y la posibilidad de que un bloqueo aliado causase dificultades al tráfico comercial, inclinó a Portugal a formar parte de la coalición contra las Dos Coronas.

En marzo de 1704, el archiduque desembarcó en Portugal acompañado por un cuerpo expedicionario aliado, pero el frente portugués no reportó ninguna ventaja a los aliados, ya que ninguna población castellana tomó partido por la causa austracista. Según Castellví, esto se debía a la secular rivalidad entre castellanos y portugueses, y no a que los castellanos rechazaran a Carlos de Austria²⁵. Sin embargo, la campaña portuguesa ocasionó cuantiosos gastos a los aliados, sobre todo a Inglaterra, que pagaba a la mayoría de las tropas. De modo que, ese mismo año, se vio obligada a gravar las tierras, pensiones y sueldos para obtener fondos con los que sustentar a sus aliados²⁶.

A pesar del fracaso en Portugal, los aliados, gracias a su superioridad naval, acometieron la conquista de Gibraltar, que se rindió el 3 de agosto de 1704. Esta conquista era un paso más hacia el dominio del Mediterráneo, Gibraltar permitiría a los aliados, a Inglaterra, controlar el territorio donde confluían el Mediterráneo y el Atlántico; amenazando, definitivamente, el tráfico comercial americano que tenía Cádiz como destino. A pesar de los esfuerzos de las Dos Coronas por recuperar este enclave, sobre todo el ataque llevado a cabo por Tessé, en el mes de octubre, la guarnición inglesa, al mando de Jorge de Darmstadt, consiguió hacer frente a los atacantes²⁷.

Mientras se están produciendo estos acontecimientos, no debemos olvidar que se está luchando en otros teatros de operaciones, en los cuales la participación inglesa va a ser muy activa. El más importante de ellos es el de Flandes y Alemania, aquí las tropas anglo-holandesas al mando del duque de Marlborough acudieron en defensa de las tropas imperiales que estaban siendo acosadas por los ejércitos franco-bávaros, cuya intención era poner sitio a Viena. Aquí, Inglaterra buscaba aliviar a su aliado, a

25. CASTELLVÍ, F. de: *Op. cit.* vol. I. p. 488.

26. *Ibidem.* p. 404.

27. VEENENDAAL, A.J.: «La Guerra de Sucesión Española en Europa», en *Historia del Mundo Moderno de la Universidad de Cambridge* (edición española: Barcelona, 1979) Vol. 6. El auge de Gran Bretaña y Rusia. p. 307.

la vez que expulsar a Francia de los Países Bajos españoles, posesión estratégica por su valor comercial y, finalmente, evitar cualquier deseo expansionista francés a costa de Holanda.

Las hostilidades en este frente, tras unos comienzos favorables a las armas de Luis XIV, van a sufrir un giro radical tras la batalla de Blenheim (agosto de 1704). Tras la misma, los aliados pusieron fin a la amenaza francesa sobre Viena, liquidaron la participación bávara a favor de Francia (su territorio fue ocupado por los Habsburgo hasta el fin de la guerra) y pudieron disponer de una serie de acantonamientos desde los cuales poder llevar la guerra a los dominios del Rey Sol.

El interés británico por el Mediterráneo, les llevará a firmar, en junio de 1705, un tratado con los catalanes, conocido como el Tratado de Génova²⁸. Allí se reunieron, por parte catalana D. Antonio Peguera y de Aimeric y el Dr. Domingo Perera, mientras que el representante inglés fue Mitford Crowe. Los enviados catalanes notificaron a Crowe el malestar existente en el Principado contra los Borbones y que la Corona de Aragón, en general, estaba esperando el momento adecuado para rechazar a los Borbones y declarar su obediencia al archiduque; de forma que era en Cataluña donde la causa austracista podía encontrar los mayores apoyos. A primera vista, la lucha contra la hegemonía francesa y la defensa de los intereses de Carlos de Habsburgo, parecen ser las causas que mueven a Inglaterra a ajustar un tratado con los catalanes.

Pero tras estas buenas intenciones se esconde un motivo mucho más práctico; es el momento que Inglaterra estaba esperando para introducirse definitivamente en el Mediterráneo ya que, en virtud del tal acuerdo, estaban facultados para campar a sus anchas por este teatro de operaciones. En mi opinión, en sintonía con lo que Castellví expondrá posteriormente, los catalanes fueron utilizados para justificar dicha intervención, pues sin la excusa de acudir en defensa de las libertades del Principado y de la causa del Archiduque, no les hubiera resultado fácil penetrar en el Mediterráneo²⁹.

Las consecuencias del Tratado de Génova³⁰ marcaron la estrategia inglesa durante el resto de contienda, reflejándose en la toma de Denia, Altea y el inicio del sitio de Barcelona, por parte de la flota inglesa al mando del almirante Shover, durante el mes

28. CASTELLVÍ, F. de: *Op. cit* vol. I pp. 628-636, recoge una serie de documentos que nos ofrecen una valiosa información sobre las negociaciones.

29. Así lo podemos apreciar en las palabras de la reina a Peterborough: «como nada es más importante para la causa común y para facilitar el establecimiento del rey Carlos III en el trono de España que la posesión de Cádiz y de Barcelona, os ordeno que entréis en todas las medidas que se os propondrán para la reducción de estas dos plazas». Instrucción de la reina de Inglaterra a milord Peterborough, 1-5-1705. *Ibidem*. p.650.

30. Entre las principales disposiciones de este acuerdo, en lo concerniente a los intereses ingleses, destacan las siguientes:

- Inglaterra se compromete a movilizar un contingente aliado de 8.000 infantes y 200 caballos. Por otra parte, se dotará a los catalanes de 12.000 fusiles para que contribuyan a la defensa del Principado.
- Los catalanes aportaran 6.000 hombres para combatir al lado de los aliados, que serán pagados por Inglaterra, hasta que el rey Carlos (el Archiduque) se haga cargo de sus emolumentos; estando autorizados para nombrar los oficiales.

de agosto. Según León Sanz, la presencia inglesa en el Mediterráneo, con una poderosa armada, jugó un destacado papel en la rebelión de la Corona de Aragón en general, y del Principado de Cataluña en particular, contra la causa borbónica y a favor del archiduque³¹. La capitulación de la ciudad de Barcelona, 9 de octubre de 1705, fue ajustada entre D. Francisco Antonio Fernández de Velasco Tovar, virrey y capitán general del Principado y ejército de Cataluña, y el conde de Peterborough, capitán general de las tropas de desembarco de los aliados³². En esos momentos la situación era netamente favorable para el archiduque Carlos³³.

A modo de conclusión, la marcha de la guerra para los aliados en general, e Inglaterra en particular, al finalizar el año 1705 era bastante prometedora. Pues los objetivos perseguidos por Inglaterra: dominio de las rutas comerciales, hegemonía en el mar y defensa de sus aliados, se han cumplido. Destacan sus triunfos en el Mediterráneo, ya que con la toma de Gibraltar controlan su acceso; por otra parte, la presencia de una poderosa flota en estas aguas, disuade cualquier posible acción por parte de la marina francesa. En Flandes, actuando con los holandeses, consiguen salvar la difícil situación en la que se encuentra el Imperio, al tiempo que se sientan las bases para la derrota francesa en este teatro de operaciones.

LA FASE DECISIVA DEL CONFLICTO (1706-1710)

Hemos constatado la buena situación por la que atravesaba la causa aliada en el conflicto, de manera que no resulta extraño el escaso interés con que se acogió en la

- Inglaterra garantiza que el archiduque Carlos jurara las leyes, constituciones y privilegios del Principado.

- Inglaterra se compromete a proteger y auxiliar a todos aquellos que abandonen a los Borbones y tomen partido por la casa de Austria.

- Los catalanes se comprometen a reconocer al archiduque Carlos como su legítimo señor cuando las tropas aliadas desembarquen en el Principado.

31. LEÓN SANZ, V.: Entre Austrias y Borbones.....*Op.cit.* p. 27.

32. El contenido de dichas capitulaciones es recogido por CASTELLVÍ, F. de *Op. cit* vol. I pp. 660-666. En los 49 apartados, se recogen, entre otros aspectos: Que se respeten las propiedades de los franceses residentes en el Principado de Cataluña (22), que todos aquellos que han desempeñado cargo público y quieran abandonar la ciudad, puedan hacerlo libremente (25), que no se haga contribuir a iglesias, parroquias conventos, y demás instituciones religiosas (40), que el gobierno y consistorio de la Diputación mantengan las prerrogativas y privilegios tradicionales (41), lo mismo para los miembros del brazo militar (42), que las instituciones religiosas no sean objeto de saqueos (44), que la Santa Inquisición no sea abolida y continúe con su labor (48).

33. «(.....) Durante el sitio de Barcelona algunos navíos de V.M. (la reina Ana) con las tropas del país rindieron la ciudad de Tarragona (....) La ciudad de Gerona y la de Lérida se rindieron a mi obediencia, como también la de Tortosa en el Ebro, de suerte que todas las plazas de Cataluña han sido presas, excepto la fortaleza de Rosas. Algunos lugares de Aragón bien cerca de Zaragoza se han declarado también por mí. El castillo de Denia en Valencia se mantiene y ha rechazado al enemigo. De los enemigos, 400 hombres de la caballería han tomado partido en mi servicio y gran número de su infantería ha desertado.» Carta del rey Carlos a la reina de Inglaterra dándole parte de la rendición de Barcelona, 22-10-1705. *Ibidem.* pp. 670-672.

Corte inglesa una hipotética propuesta de paz por parte de Francia (que según Castellví, fue realizada para entorpecer las sesiones del Parlamento e impedir que se concedieran los fondos necesarios para reanudar las hostilidades durante 1706). Pero los resultados fueron nulos, como manifiesta la decidida voluntad del Parlamento a la hora de conceder importantes sumas para la campaña de dicho año³⁴. En febrero de 1707, parece que Francia propuso una nueva suspensión de las hostilidades; estando dispuesta a que las posesiones italianas de la Monarquía Hispánica y las islas del Mediterráneo pasaran a manos del archiduque Carlos (en esta ocasión Castellví afirma que el verdadero objetivo era desprestigiar la figura de Malborough, pesadilla de los ejércitos franceses en el norte, buscando que la opinión pública inglesa pensara que la guerra continuaba porque convenía a sus intereses personales)³⁵.

En la guerra peninsular, los aliados se centraron en el sometimiento del reino de Valencia; al mando de las tropas inglesas que participaron en las operaciones, se encontraba el conde de Peterborough, que había dejado Barcelona para ponerse al frente del contingente inglés. El avance fue fulgurante, según Castellví apoyado por el rechazo de los habitantes a los Borbones³⁶, ya que a finales de febrero la mayoría del reino (desde Tortosa a Valencia) se encontraba bajo su control, únicamente Peñíscola se les resistía y, desde Valencia a Biar, sólo Alicante, Orihuela y Elche eran fieles a Felipe V³⁷.

Pero los Borbones no se resistían a renunciar a los reinos de la Corona de Aragón, convirtiendo la recuperación de Barcelona en primordial. A finales de marzo se inició el asedio de la ciudad, que finalmente, a pesar de los progresos de los expugnadores, no fructificó por la llegada de la flota anglo-holandesa, que alivió la situación de los sitiados. A pesar de la delicada situación en la que se encontraba Barcelona, Peterbough llega a sugerir al archiduque Carlos, que abandone la ciudad y vaya a Portugal, donde podía ponerse al mando de las tropas aliadas y emprender una nueva ofensiva, a lo que éste se niega, estando dispuesto al más alto sacrificio con tal de estar junto a sus súbditos³⁸.

El socorro aliado llegó de mano del almirante Leake, que a principios de marzo zarpó de Lisboa con la intención de apoderarse de los galeones que se dirigían a América, aunque no consiguió su objetivo porque llegó tarde. Leake volvió a Lisboa y a mediados de abril tuvo noticias del sitio de Barcelona, decidiéndose que pasara a

34. Dichas asignaciones serían suficientes para poner en campaña 40.000 hombres en Flandes, 10.000 en Portugal y 8.000 en Cataluña, además de otorgar una asignación al archiduque Carlos y equipar a las tropas que combatían a favor de aquel. CASTELLVÍ, F. de: *Op. cit.* vol. II. pp. 15-16.

35. *Ibidem.* p. 334.

36. La nobleza terrateniente, la alta jerarquía eclesiástica y los comerciantes franceses siguieron a Felipe V; mientras que la causa austracista fue apoyada, sobre todo, por los campesinos, los comerciantes y artesanos de las clases medias urbanas y un sector de los profesionales liberales. En el reino de Valencia se plasmaba, no sólo la oposición a cualquier tendencia centralizadora de tipo francés, sino que también el deseo de los campesinos de aprovechar el conflicto para revisar el régimen señorial. LEÓN SANZ, V: Entre Austrias y Borbones..... *Op. cit.* pp. 18-19.

37. CASTELLVÍ, F. de: *Op. cit.* vol. II. pp. 49-51.

38. *Ibidem.* pp. 271-273.

dicha ciudad para tratar de introducir refuerzos. Fondeó su escuadra en Altea, donde unió sus fuerzas a las del almirante Byng, a finales de abril, arribando a su destino el 6 de mayo. La superioridad naval inglesa se puso de manifiesto a la hora de realizar el desembarco de las tropas de refresco, pues la escuadra borbónica no fue capaz de evitarlo, con lo que tuvieron que plantearse la posibilidad de levantar el sitio y retirarse a otros dominios.

En el Mediterráneo, continuando la política llevada a cabo desde el comienzo de la guerra, los próximos objetivos ingleses van a ser las islas Baleares, aunque su conquista, al igual que en el caso de Gibraltar, se produjo en nombre del archiduque Carlos³⁹, en realidad fue puesta bajo jurisdicción inglesa. Respecto a las Baleares, no debemos olvidar que este archipiélago constituía una posesión estratégica a la hora de dominar el comercio en el Mediterráneo. La empresa se decidió en los consejos celebrados en Guadalajara los días 7 y 8 de agosto, y el 19 de septiembre zarpó la armada, 43 navíos, al mando del almirante Leake, alcanzando la isla de Ibiza el día 22. La conquista de Ibiza no reportó ningún problema, pues el gobernador de la misma, el coronel D. José Ponce de León, al no disponer de tropas suficientes para su defensa optó por la rendición y pasarse al bando del archiduque. El día 24 llegaron a Mallorca, cuyo virrey, D. Baltasar de Escrivá e Híjar, conde de la Alcudia, tras los desórdenes producidos ante la llegada de la flota inglesa, y con la mayoría de la población deseando rendirse, firmó las capitulaciones con Leake y el nuevo virrey, el Conde de Savallá, el 27 de septiembre⁴⁰.

Esta serie de acontecimientos victoriosos para las armas del archiduque estuvo a punto culminar con el triunfo definitivo, ya que las tropas anglo-portuguesas, al mando del conde de Galway y del marqués de las Minas, marcharon desde Portugal, atravesaron Extremadura y Castilla y ocuparon Madrid en junio; viéndose obligado Felipe V a salir de la capital. Pero las tropas aliadas no fueron convenientemente apoyadas desde Cataluña, ya que se produjeron problemas entre los comandantes de las tropas, Peterborough, el conde de Noyelles (general holandés) y Galway, que impidieron enviar una fuerza capaz de asegurar la posición del archiduque en Madrid⁴¹. A ello tenemos que unir la hostilidad con que fueron recibidas las tropas aliadas, pues en Castilla se estaba empezando a generar un profundo odio contra el candidato Habsburgo, ya que era apoyado por herejes extranjeros y por los despreciados portugueses y catalanes.

39. *Ibidem*. pp. 285-286.

40. Sobre el contenido de las capitulaciones, muy similares a las de la ciudad de Barcelona: *Ibidem*. pp. 311-316. Estas conquistas supusieron un gran éxito para los defensores de los intereses de la Casa de Austria, según Castellví: «(.....) Fue muy ventajosa al rey Carlos por los trigos y víveres que de este reino durante la guerra se transportaron en Cataluña y la remonta de 700 caballos que se sacaron del reino y la ventaja que se consiguió en buen número de diestros artilleros que entraron en servicio del rey Carlos, porque en este reino había escuela militar de artillería (.....) La conquista de Mallorca fue muy perjudicial a las Dos Coronas, turbando la navegación y el comercio, porque los armadores de Mallorca y Ibiza hicieron considerables presas en todo el tiempo que duró la guerra». *Ibidem*. p. 218.

41. Carta de milord Peterborough al Rey Carlos sobre la dificultad y expediente en el mando de las tropas. *Ibidem*. p. 297.

Felipe V, por su parte, era identificado con la independencia nacional ante la conquista extranjera. La situación mejoró para los Borbones cuando las fuerzas de Berwick⁴², apoyadas por la actuación de tropas irregulares, que combatían utilizando técnicas guerrilleras, cortaron las comunicaciones aliadas con Portugal, de manera que abandonaron Madrid, replegándose hacia Valencia, pudiendo Felipe V regresar a la capital⁴³.

Los Borbones decidieron no desaprovechar esta oportunidad y, en febrero de 1707, Berwick se puso en marcha. El jefe de las tropas borbónicas, ante la próxima llegada de refuerzos franceses y, teniendo su ejército disperso, decidió, el 22 de abril, adoptar una posición defensiva y optó por hacerse fuerte en Almansa, aprovechando que los aliados estaban ocupados tratando de tomar Villena. Las apreciaciones de Berwick fueron correctas, ya que derrotó al ejército aliado (compuesto en su mayoría por ingleses, holandeses y portugueses; comandado por Galway, De las Minas y el barón de Frisheim) en la batalla que lleva el nombre de la villa albaceteña⁴⁴. La victoria borbónica tuvo grandes repercusiones, pues además de asegurar a Felipe V en el trono, permitió la recuperación del reino de Valencia (Berwick entró triunfalmente en la ciudad de Valencia el 9 de mayo) y obligó a los aliados a replegarse hacia Cataluña⁴⁵.

Este fue el primer revés serio que sufrieron los aliados en una guerra que, hasta entonces, marchaba según sus designios. Durante todo ese año, se produjeron intensos debates entre los militares y diplomáticos ingleses sobre la marcha de las operaciones y, sobre todo, la estrategia que se debía llevar a cabo. La lectura de la correspondencia de estos personajes desprende una disparidad de criterios, ya que no se está de acuerdo en la estrategia a seguir, guerra ofensiva o defensiva; empresas a realizar, desembarcar tropas en el reino de Valencia, atacar las posesiones italianas de la Monarquía, invadir Francia, o marchar a Madrid para que el archiduque sea nombrado rey de España⁴⁶.

42. James Stuart Fitz-James, duque de Berwick y mariscal de Francia (1670-1734) era hijo natural de Jacobo II; tras el cambio de dinastía paso a servir a Francia, siendo nombrado lugarteniente de los ejércitos franceses, obtuvo importantes victorias en la península, que le consagraron como jefe militar.

43. VEENENDAAL, A. J. *Op. cit.* p. 313.

44. Sobre la batalla de Almansa véase: *Relación breve de la victoria de las armas mandadas por el duque de Berwick contra el ejército de los aliados, en Almansa el 25 de abril de 1707*. B.N. Mss. 11021. Fols. 213r-215v; *Oficiales generales del ejército de las dos Coronas, mandado por el duque de Berwick, que se hallaron en la batalla de Almansa el día 25 de abril de 1707*. B.N., Mss. 12.949 n° 29.

45. En una relación de la batalla, mandada escribir por orden de Galway (hecho que nos puede hacer dudar de su parcialidad), se carga contra los portugueses, a los que culpa de la derrota, ya que: «La pérdida de los enemigos durante la acción fue mucho mayor que la nuestra y si todos hubieran imitado a los ingleses y holandeses, que atacaron con un valor increíble y rompieron el centro de los enemigos, no hay que dudar que los costados se hubieran llevado la victoria o a lo menos hubieran hecho una retirada honrosa (.....) Pero, al fin, rota nuestra infantería y expuesta toda su caballería, fue la mayor parte destrozada, herida o hecha prisionera. El conde Galway dio pruebas señaladas de su valor y capacidad. Después de haber recogido los fragmentos de la caballería inglesa, portuguesa y los dragones de una nación y otra, se retiró hacia Alcira, donde puso guarnición, como también en Játiva, Denia y Alicante. Luego marchó con la caballería a la otra parte del Ebro cerca de Tortosa, con la idea de unir las fuerzas del rey Carlos y defender el Principado de Cataluña». CASTELLVÍ, F. de: *Op. cit.* vol. II. pp. 351-358.

46. *Ibidem*. pp. 437-443.

Estas dudas y la falta de unidad en el mando, indudablemente, repercutieron negativamente en el desarrollo de la campaña. Al contrario, en el ejército borbónico, mucho más compacto, no se produjeron estos problemas, ya que la voluntad francesa se impuso casi sin oposición. La gravedad de la derrota la podemos apreciar en las manifestaciones del conde Gallas, embajador imperial en la Corte inglesa. El diplomático hace partícipe a la reina de los desgraciados acontecimientos acaecidos en España, a la vez que eleva una serie de peticiones para que la causa del archiduque no se vea totalmente abandonada (aunque la batalla de Almansa tuvo graves consecuencias para los aliados, ¿realmente era tan crítica la situación como hace ver el conde Gallas?, o por el contrario, ¿exagera deliberadamente los hechos para conmover el ánimo de la reina de Inglaterra y tratar de que siga contribuyendo con hombres y dinero para conseguir el triunfo de la Casa de Habsburgo?)⁴⁷.

La reina Ana pidió al Emperador que enviase a Cataluña a un general de renombre, a ser posible el príncipe Eugenio de Saboya; pero rechazó conceder dicha petición por los problemas existentes en sus dominios. Finalmente, para evitar indisponerse con sus aliados, el emperador se comprometió a aportar 10.000 hombres para Cataluña al mando del conde Guido Starhemberg. Parece que las manifestaciones del conde Gallas surtieron efecto, ya que el Parlamento se mostró dispuesto a votar los fondos necesarios para seguir la lucha contra los Borbones⁴⁸. Para reforzar los diezmos regimientos ingleses, se autorizó a reclutar, forzosamente, a todo aquel que no tuviera oficio, ni profesión. Así que Inglaterra, junto con los Estados Generales, pudo destinar al frente de Cataluña unos 25.000 hombres. De todos modos, en Inglaterra y Holanda empezaron a aparecer algunas voces críticas respecto a la manera en que se estaba llevando la guerra en el Principado. En una reunión mantenida en abril de 1708 entre el príncipe Eugenio, Marlborough y los representantes de los Estados Generales, se criticó abiertamente la política llevada a cabo por el emperador, ya que era Inglaterra la que sufragaba la mayor parte de los gastos de la guerra de Cataluña, resistiéndose éste a enviar un número de tropas importante desde Italia al Principado. Por otra parte,

47. «(.....) Habiendo sido tan general la derrota teme S.M. (el Archiduque Carlos), como acaba de suceder, que los reinos de Aragón y Valencia estarán ya rendidos y que todas las fuerzas de los enemigos se echarán de todas partes sobre el Principado de Cataluña (.....) Estando enteramente destruida la infantería de V.M. y demás aliados, halla necesario el rey de levantar luego un cuerpo mayor de infantería para guarnecer las plazas y pasos más importantes, y para la ejecución de esta idea no hará ninguna dificultad de hallar gente, estando toda Cataluña poblada y provista de gentes propias para las armas (.....) Considerando que el número de oficiales que han perdido sus vidas en esta desgraciada batalla es crecido (.....) ruega a V.M. le envíe luego algunos oficiales de experiencia y suposición para emplearlos (.....) No dudando S.M. que V.M. habrá proveído ya al almirante Shover de órdenes, instrucciones precisas para transportar las tropas que le podrán ser otorgadas de Italia, ruega a V.M. con ahínco quiera mandar en adelante a dicho almirante que en las dependencias de esta infeliz situación no se retire con la flota al Mediterráneo antes de que Cataluña este bien afianzada». Representación del conde de Gallas a la reina de Inglaterra después de la batalla de Almansa. *Ibidem*. pp. 454-456.

48. Para su obtención, se autorizó una contribución de 19 chelines por libra, muy cuantiosa, ya que una libra tenía 20 chelines. Estos ingresos permitieron aumentar en 6 en millones de florines lo concedido en 1707. *Ibidem*. pp. 471-472.

manifestaron su malestar porque con los fondos que el emperador obtenía de Milán y Nápoles podría contribuir en mayor medida a los gastos militares aliados; pues podrían surgir descontentos en Londres y La Haya por ese motivo, y si las potencias marítimas se retiraban de la contienda, el emperador no tendría medios suficientes para sostener al archiduque.

Francia, por su parte, vio en la unión de Inglaterra y Escocia, una ocasión única para abrir un frente interno en las islas. Su plan proyectaba la subida al trono de Jacobo III Estuardo, hijo de Jacobo II, ya que algunos escoceses se mostraban contrarios a dicha unión. En marzo de 1708, desde Dunquerque, zarpó la expedición al mando del caballero de Fourbin y el mariscal conde de Gassé, que llegó a Edimburgo el día 23⁴⁹. Pero la presencia de una flota aliada, al mando del almirante Bings, impidió el desembarco y, temiendo enfrentarse con una flota mayor, optó por volver a Dunquerque, donde llegó el 7 de abril. A pesar de todo, Francia consiguió dividir las tropas de sus adversarios, ya que Inglaterra debió destinar parte de las tropas destinadas a combatir en la península ibérica y en Flandes, a solventar esta posible invasión.

A pesar de este contratiempo, eran las fuerzas aliadas las que continuaban llevando la iniciativa e infligiendo pérdidas a los Borbones. En 1708 el objetivo fue la isla de Cerdeña, que completaría el control aliado del Mediterráneo tras la toma de Nápoles, el año anterior, por parte de las tropas austriacas. Esta expedición se llevó a cabo contando con la predisposición de los naturales a tomar partido por el archiduque, que nombró a D. Fernando de Silva y Meneses, conde de Cifuentes y marqués de Alconchel como nuevo virrey de la isla. Pero su margen de maniobra estaba muy limitado, ya que debía cumplir las disposiciones del almirante Leake, jefe de la expedición; por otra parte debía expulsar de sus cargos a los leales a Felipe V y enviar a Cataluña todos los víveres y caballos que pudiera, ya que la situación en el Principado era desesperada. La expedición zarpó a principios de agosto y el día 13 se firmaron las capitulaciones, pasando la isla a manos del archiduque, en teoría, ya que en la práctica eran los ingleses quienes la dominaban. A principios del mes de septiembre, la flota aliada se dirigió hacia Menorca; las fuerzas atacantes estaban dirigidas por el general Stanhope, que ocupó la isla sin demasiada resistencia, salvo Mahón, que capituló el 28 de septiembre⁵⁰.

Estas dos expediciones muestran el peso de Inglaterra en la alianza anti-borbónica y cómo el archiduque Carlos fue utilizado para conseguir unos objetivos que difícilmente hubieran podido ser obtenidos de otra manera. En el caso de Menorca, Stanhope puso una guarnición inglesa en la isla lo que, en la práctica, equivalía a su ocupación; e

49. La expedición estaba compuesta de 12 navíos de guerra, 25 de particulares y 70 de transporte; las tropas de desembarco estaban compuestas por 12 batallones, y se cargaron 13.000 fusiles, 10.000 pares de pistolas y 10.000 sillas. *Ibidem.* p. 474.

50. *Ibidem.* pp. 549-554.

incluso se llegó a proponer al Archiduque Carlos su cesión, a lo que este se negó ya que no deseaba dividir las posesiones que formaban parte de la Corona de Aragón⁵¹.

En el frente norte, por otra parte, la superioridad británica era incontestable, ya que tras la gran victoria obtenida por Marlborough en Blenheim, siguieron las de Ramillies y Turín (1706). Aunque en 1707 los franceses consiguieron frenar los planes anglo-holandeses de tomar Bruselas, en los dos años siguientes cosecharon dos duras derrotas: Oudenarde (1708), que desmanteló el sistema defensivo francés en Flandes, dejando expedito el camino de los aliados hacia París, pero el límite de su avance se estableció en Lille, y Malplaquet (1709). Fue la crítica situación francesa en este teatro de operaciones lo que movió al Rey Sol, prácticamente a la desesperada, a buscar una paz por separado, abandonando a su suerte a Felipe de Anjou. Luis XIV propuso una división de la Monarquía Hispánica entre los dos candidatos, a la vez que se buscaba compensar a los contendientes⁵².

Esta propuesta fue rechazada por los dirigentes aliados, pero se autorizó a que Francia enviara representantes para discutir un posible acuerdo de paz. De esta manera, Rouillé y Voysin, se reunieron con el príncipe Eugenio, Marlborough y el Gran Pensionario Heinsius, en las conferencias de La Haya y Gertruidenberg, en mayo de 1709. Los plenipotenciarios aliados redactaron los preliminares que debían ser la base de una paz general, siendo rechazados por la Corte francesa debido a la dureza de las condiciones⁵³, que sólo pueden entenderse por la grave situación creada tras los sucesivos reveses en Flandes. Tras el fracaso de las conversaciones de paz, los dos bandos se culparon del fracaso; los franceses se quejaban de la intransigencia aliada, mientras

51. Veenendaal, a este respecto, considera que, en esos momentos: «El archiduque Carlos no era más que un títere en manos de Gran Bretaña. Determinados acuerdos entre ellos mantenidos en secreto a los holandeses ilustran claramente hasta que punto llegaba esta servidumbre. En enero de 1708 concedió secretamente a Gran Bretaña el asiento de negros y posteriormente renovó su promesa de conceder a Marlborough el título de gobernador de los Países Bajos. Tampoco se encontraba el rey en situación de rechazar las proposiciones de Stanhope para concertar un tratado en virtud del cual se cedía Menorca a Gran Bretaña. Cuando los holandeses conocieron estos tratos, su resentimiento se hizo patente. La cesión del asiento a Inglaterra era una violación del tratado de la Gran Alianza, que había garantizado la igualdad comercial de las potencias marítimas en las Indias españolas». VEENENDAAL, A.J.: *Op. cit.* p. 316.

52. «La parte situada sobre el océano con las Indias, para el archiduque, mientras que Cataluña y las posesiones mediterráneas, con las conquistas de los aliados e islas, para Felipe. Francia se reservaba la unión de Navarra y Guipúzcoa en España; el ducado de Lorena, cambiando con el Milanesado a favor del duque, añadiendo a favor de Francia el ducado de Luxemburgo». CASTELLVÍ, F. de: *Op. cit.* vol. II. p. 590.

53. Francia debía reconocer al archiduque como rey de toda la Monarquía, y que ningún rey de Francia podría ser nombrado heredero a la Corona de España.

Francia incluiría en la Barrera las plazas ocupadas en los Países Bajos.

Francia reconocería a la reina Ana y la sucesión en la línea protestante.

Francia debía demoler Dunquerque.

Si en dos meses, el duque de Anjou no hubiera abandonado España, Luis XIV se uniría a los aliados para lograrlo.

Francia se obligaba, en el plazo de dos meses, a devolver Sicilia a los aliados y no enviar ni tropas ni barcos a las Indias. *Ibidem.* pp. 591-592.

que los aliados consideraban que todo respondía a una maniobra francesa que buscaba ganar tiempo y aliviar la presión que los aliados ejercían sobre sus ejércitos⁵⁴.

En vista de estas consideraciones, queda bastante claro que Inglaterra, en esos momentos, no deseaba la paz a pesar de que la mayoría de sus objetivos se habían cumplido, y que era el momento de realizar un último esfuerzo que permitiera llegar a las negociaciones definitivas en una posición de fuerza. No obstante, las conversaciones entre los plenipotenciarios continuaron.

Francia trató de sacar partido de las disputas internas que tenían lugar en Inglaterra, entre los *whigs* (partidarios de la guerra) y los *tories* (partidarios de suspender las hostilidades, o de que estas se limitaran exclusivamente a acciones navales, ya que Inglaterra había conseguido los objetivos que la habían movido a participar en el conflicto). A instancia de los *whigs*, que en ese momento eran mayoría en el Parlamento, Inglaterra concluyó un tratado con Holanda (noviembre de 1709) para garantizar el acceso de los Hannover, protestantes, al trono inglés cuando muriera la reina Ana; conocido como Tratado de la Barrera⁵⁵. Por otra parte, tras dicho acuerdo, tanto Inglaterra como Holanda restablecían el clima de concordia y entendimiento, enturbiado tras el pacto entre Stanhope y el archiduque con respecto al asiento de negros y a Menorca.

La guerra peninsular se retomó con nuevos bríos en 1710, durante ese año la desesperada situación francesa, con los ejércitos de Malborough combatiendo en suelo francés, obligó al Rey Sol a retirar a la mayor parte de las tropas que servían en España; por lo que la posición de Felipe quedó muy debilitada. Al mismo tiempo, el emperador pudo enviar refuerzos a su hermano, una vez asegurada la frontera húngara y las posiciones en Italia. A pesar de todo el archiduque, según se desprende de una carta

54. La reina de Inglaterra, dirigiéndose a los representantes de los soberanos que formaban parte del Imperio, manifiesta lo siguiente: «No se os oculta con cuanto aparato el enemigo pretendió recientemente ponerse al frente de la paz y (.....) ciertos artículos preliminares a modo de base del futuro negocio de la pacificación fueron elaborados y concluidos por obra de los delegados, los cuales habiendo sido aprobados por los ministros franceses y por sus enviados, sin embargo el rey Cristianísimo rehusó considerarlos aceptables y ratificarlos (.....) La tranquilidad de Europa, de ningún otro modo puede ser asegurada más que si el poder de los franceses de tal manera es por todas partes recortado y circunscrito en sus límites que no tenga la mínima facultad de perturbarla (....) Hay que dirigir todos los esfuerzos para que sea totalmente quebrada la obstinada ferocidad de los enemigos y esperamos que todos los aliados a una y con el mismo ánimo que nosotros se empeñen en una cosa tan necesaria (.....) Confiamos en que trabajareis para que por parte de los electores, de los príncipes y de los estados del Imperio Romano Germánico se manden tropas de soldados y dinero abundantemente y sin reserva, lo que es necesario para proseguir la guerra». Carta de la reina de Inglaterra a todos los enviados de los soberanos, príncipes y estados de Germania, asistentes en Ratisbona, 3-7-1709. *Ibidem*. pp. 659-660.

55. Este tratado fue el primero de los tres que se acordaron para poner solución a este contencioso. Según lo pactado, los holandeses consiguieron establecer una guarnición en 19 plazas de los Países Bajos españoles, justo en la frontera con Francia, que les servirían como barrera ante un hipotético ataque francés (dicha línea defensiva abarcaba desde Lille a Tournai y desde Valenciennes a Condé y Maubegue, pero no Ostende, plaza ambicionada por Inglaterra) y anexionarse el Alto Güeldres, provincia que pertenecía a la provincia holandesa de Güeldres, pero que por la paz de Münster había pasado a la Monarquía Hispánica). VEENENDAAL, A.J.: *Op. cit.* p. 319.

enviada al embajador imperial en Londres, no estaba demasiado contento con la actitud inglesa. En dicha misiva le pide al embajador que insista en determinados aspectos que Inglaterra esta descuidando (¿nueva prueba del posible desinterés británico por continuar con una costosa guerra cuando los principales objetivos estaban cumplidos?)⁵⁶.

En cualquier caso, los ejércitos aliados pudieron pasar a la ofensiva, derrotando a las fuerzas borbónicas en Almenara⁵⁷ (julio de 1710) y en las inmediaciones de Zaragoza (en agosto), de manera que la entrada del archiduque en Madrid era inevitable. A este respecto, según León Sanz, frente a la resistencia del mariscal Stahremberg y del propio Carlos a entrar en Castilla, se impuso la voluntad de Stanhope, que optó por una rápida entrada del Archiduque en Madrid para ser coronado rey de España; lo que indica el peso del enviado británico, o lo que es lo mismo, el de Gran Bretaña en la Gran Alianza⁵⁸.

La determinación inglesa de tomar Madrid y poner fin al conflicto, responde a las disensiones internas a las que acabamos de aludir; pues los gastos que la participación inglesa en la península y Flandes generaba, empezaban a afectar gravemente a la economía británica. Los partidarios de reducir al mínimo los gastos militares y continuar la guerra, únicamente, a través de acciones navales, se mostraron muy activos en las sesiones del Parlamento. A pesar de la toma de Madrid, en el mes de septiembre, el archiduque, ante la hostilidad de los naturales, que dificultaron el abastecimiento de las tropas aliadas, se vio obligado a abandonar la capital. La llegada de un ejército francés al mando de Vendôme dio un vuelco a la situación, pues las tropas borbónicas contraatacaron y derrotaron a los aliados en Brihuega y Villaviciosa (diciembre de 1710); esta victoria marcó el curso de la guerra en la península, ya que, tras la pérdida de Aragón, únicamente el Principado de Cataluña se mantuvo fiel al Archiduque⁵⁹.

Al finalizar 1710, Inglaterra, por una parte, había afianzado más todavía su presencia en el Mediterráneo, con la conquista de Mallorca, Menorca e Ibiza; lo que ponía de manifiesto su importancia dentro de la alianza anti-borbónica; pero por otra parte,

56. El Archiduque pide que se insista en la importancia de pasar a la ofensiva en Cataluña; que las tropas estén bien equipadas y pagadas; que los ingleses ya no pagan los subsidios como antes, lo que repercute en la operatividad de las tropas. Por otra parte, según dicha carta, sabemos que Inglaterra elevó quejas al Emperador porque, a pesar de que Nápoles, Cerdeña, Milán y las Baleares, rendían obediencia al Archiduque, Inglaterra continuaba realizando cuantiosos desembolsos para pagar a las tropas que servían a Carlos. Extracto de los puntos que mandó escribir el rey Carlos al conde Gallas, embajador imperial en Londres, 18-3-1710. CASTELLVÍ, F. de: *Op. cit.* vol. III pp. 157-159.

57. Sobre esta batalla y los acontecimientos posteriores: *Ibidem.* pp. 42-55.

58. LEÓN SANZ, V.: Entre Austrias y Borbones.....*Op. cit.* pp. 35-36.

59. Según Castellví, la derrota aliada se debió a: «Haber sucedido dentro de Castilla, donde no dábamos paso sin peligro ni encontrábamos que comer, esto les ha dado favorables consecuencias de la batalla, obligándonos a desamparar Castilla (.....) porque los almagacenes no estaban provistos ni teníamos víveres promptos, ni acémilas para introducirlos (...) Esta batalla fue de favorables consecuencias a las Dos Coronas porque sucedió en la más fría estación del invierno y en lo interior de Castilla, país el más afecto al rey Felipe. Ello es cierto que en Castilla por los avisos de los paisanos los partidarios españoles consiguieron favorables reencuentros, sorpresas y puntuales noticias». *Ibidem.* pp. 119-120.

habían surgido diferencias con Holanda, la otra potencia marítima que había intervenido en el conflicto con la esperanza de obtener compensaciones en el dispositivo comercial de la Monarquía Hispánica. Además, los gastos militares que ocasionaban los ejércitos ingleses en el continente se habían disparado, lo que motivó una oleada de protestas en Inglaterra, que los *tories* aprovecharon para, a partir del verano de 1710, pasar a la ofensiva; según esta facción, Inglaterra debía retirarse del conflicto, ya que sus aspiraciones habían sido satisfechas⁶⁰.

LA FASE FINAL DE LA CONTIENDA Y LA BÚSQUEDA DE LA PAZ (1711-1715)

A mediados de 1710 se produjo un cambio radical en la política exterior inglesa, esta viraje se vio favorecido por las derrotas que sufrieron las armas aliadas en la península ibérica. Castellví comenta que, al tener conocimiento las cortes de La Haya y Londres de la noticia de la derrota de Brihuega, hubo voces que proponían abandonar la guerra peninsular por sus elevados gastos y emprender una estrategia defensiva en Cataluña. De esta manera se consolidó una fuerte reacción contra el gobierno del *whig* Gondolphin⁶¹, sobre todo porque la población estaba sufriendo notables perjuicios por la subida de los precios de los cereales, tras dos pésimas cosechas, y los terratenientes se quejaban por los elevados impuestos sobre la tierra, a los que debían hacer frente para amortizar la deuda nacional generada por la participación en el conflicto. De manera que los *whigs* no contaban con el apoyo de la «opinión pública», esto facultó a la reina Ana para despedir a la mayoría de sus ministros, entre ellos al propio Gondolphin.

Tras estas sustituciones, Harley se convirtió en jefe del nuevo gabinete *tory* y Bolingbroke en primer secretario de Estado. El ambiente hostil contra los *whigs* se completó con el triunfo absoluto de los *tories* en las elecciones de octubre de 1710. El cambio de política se tradujo en una campaña contra Marlborough⁶² y su guerra

60. Las protestas motivadas por la creciente carga financiera que suponía la guerra, fueron creciendo entre la «opinión pública» inglesa, las cuales fueron canalizadas por los «tories», cuyo objetivo era ya poner fin a las hostilidades: «Inglaterra pagaba la mayor parte de la guerra, y sólo el sostener el peso de ella en Cataluña y otros gastos dependientes se computaba a casi cuatro millones de pesos, y de este importe contribuía la tercera parte la Holanda. Daba motivo esta crecida suma al nuevo ministerio tory a imprimir en el pueblo el mal uso que se hacía de los copiosos caudales que la Inglaterra consumía, disponiendo los ánimos a condescender a una paz ventajosa a la Inglaterra con el especioso pretexto de convenirse de común acuerdo con los aliados». *Ibidem*. pp. 217-218.

61. Castellví, su proporciona una valiosa información sobre el origen de las dos facciones, sus disputas, desde la década de los 30 del siglo XVII y las causas del cambio de postura de Inglaterra. *Ibidem*. pp. 372-391. Hasta el verano de 1710, los personajes más importantes de la vida política inglesa, todos ellos vinculados a los *whigs* fueron: Godolphin y Marlborough, ambos sufrieron las consecuencias del cambio de gobierno. Para más información sobre estas cuestiones: OGG, D.: «El surgimiento de Gran Bretaña como potencia mundial» en *Historia del Mundo Moderno de la Universidad de Cambridge* (edición española: Barcelona, 1979) Vol. 6. El auge de Gran Bretaña y Rusia. pp. 193-195.

62. «El nuevo ministerio proseguía en hacer imprimir diferentes libelos contra el precedente gobierno. Acusaba a Marlborough de intentar ser general perpetuo y de haber empleado mal los fondos que se

continental. Los *tories* nunca habían apoyado estas operaciones, ya que recelaban de los holandeses, a los que veían más como rivales comerciales que como aliados, considerando que el Tratado de la Barrera, de 1709, acordado bajo auspicio *whig*, era perjudicial para los intereses de Inglaterra; por lo que se mostraron dispuestos a llegar a un acuerdo que pusiera fin a su participación en la contienda⁶³. Muestra de la buena predisposición de Francia a llegar a un acuerdo, fue un decreto emitido por Luis XIV (diciembre 1710) que prohibía el comercio con los holandeses, a la vez que se autorizaba a los mercaderes ingleses a traer mercancías a los puertos franceses sin estar obligados a cargar productos franceses a su regreso. El Rey Sol estaba totalmente convencido de que si conseguía apartar a Inglaterra de la coalición anti-borbónica, el resto de los aliados abandonaría al Archiduque⁶⁴.

Los nuevos dirigentes de la política exterior inglesa no perdieron el tiempo e inmediatamente iniciaron conversaciones, al margen de sus aliados, con Francia para buscar un acuerdo que pusiera fin a la contienda. En junio de 1711, la reina Ana autorizó a Harley y Bolingbroke a que enviaran un representante, Mr. Prior, a París para el inicio de las negociaciones con Francia. Este enviado llevaba una serie de propuestas, consistentes en compensaciones para los aliados, a la vez que, en la práctica, se aseguraba el trono de España para Felipe de Anjou, ya que Inglaterra no podía continuar durante más tiempo costearo su participación, y la de sus aliados, en el conflicto⁶⁵.

La muerte del emperador José I, hermano del archiduque, en abril de 1711, dio nuevos argumentos a los partidarios de la paz y la salida de Inglaterra de la guerra; ya que el archiduque Carlos pasaba a convertirse en el emperador Carlos VI, a la vez que conservaba intactos sus derechos a la Corona española, por lo que se asistiría a la resurrección del imperio de Carlos V.

En este momento es cuando Inglaterra ve que aquel rey débil, a cuya existencia ha contribuido (pues evidentemente el archiduque Carlos no hubiera podido hacer valer su candidatura al trono español sin el apoyo inglés), podía llegar a suponer una amenaza, a la vez que sus proyectos para introducirse en la red comercial española en América habrían fracasado. No olvidemos que Carlos ya era soberano de los Países Bajos españoles y de territorios italianos como Milán, Nápoles y Cerdeña, si a la vez era soberano

le habían destinado, consumiéndolos en reducir pequeñas villas» (en alusión a la campaña de 1710, donde tras costosísimos asedios, Marlborough tomó una serie de fortalezas en territorio francés: Douai, Béthune, Saint-Venant y Aire) «Le limitaron el poder en las armas y en lugar de generalísimo de las fuerzas de Inglaterra sólo le dieron el de general de las armas en Flandes y que no pudiera disponer de los empleos, y señalaron los oficiales que debían servir bajo sus órdenes». Poco después fue relevado del mando de las tropas que combatían en Flandes, siendo sustituido por el Duque de Ormond. CASTELLVÍ, F. de: *Op. cit.* vol. III. pp. 218-219 y 399.

63. VEENENDAAL, A.J.: *Op. cit.* p. 320.

64. Según CASTELLVÍ, lo que realmente buscaba Francia era: «alucinar los pueblos de Inglaterra con estas aparentes ventajas y que el Ministerio tuviera más facilidad de inclinar al vulgo a la paz». CASTELLVÍ, F. de: *Op. cit.* vol. III. p. 296.

65. Inglaterra se daría por satisfecha con la cesión de Mahón y Gibraltar y la demolición de Dunquerque. *Ibidem.* p. 224.

de las Indias, los problemas para Inglaterra estaban planteados. Otra muerte, en este caso la del Gran Delfín Luis, heredero del trono de Francia, ese mismo año, tuvo gran influencia a la hora de mover al Rey Sol a buscar la paz; ya que éste era un anciano que podía morir en cualquier momento⁶⁶.

En el verano de 1711⁶⁷, Bolingbroke tomó las riendas de las negociaciones con el representante francés Torcy, estas conversaciones, productivas para ambas partes, desembocaron en los llamados Preliminares de Londres (octubre 1711)⁶⁸. Inglaterra propuso a sus aliados que, bajo los acuerdos adoptados entre Francia e Inglaterra, se celebrara una reunión para tratar de obtener un acuerdo definitivo entre todos los contendientes. Tras la firma de este tratado bilateral, que rompía la unidad entre los miembros de la Gran Alianza, la reina autorizó al conde de Strafford a que se reuniera con los representantes de los Estados Generales para estudiar la conclusión de las hostilidades, aunque no debía decir nada del acuerdo con Francia.

Castellví pone de manifiesto que el enviado inglés utilizó métodos poco legítimos para obligar a los holandeses a que participaran en las negociaciones, a pesar de que estos últimos ya habían planificado la campaña de 1712. De forma que, siempre según Castellví, éstos se vieron obligados a intervenir en unas negociaciones de las que no eran partidarios, sólo por no irritar a Inglaterra, como manifestaron al emperador por medio de su representante en Viena, el Conde Rechteren. El caso es que Holanda fue la gran perjudicada, junto a Austria, del inicio de las negociaciones, pues los acuerdos de 1709 se convertían en papel mojado; de manera que Inglaterra, sin tener en cuenta el parecer de sus aliados, lo que nuevamente demuestra que su participación en la

66. Este problema se agravó más todavía cuando Luis, duque de Borgoña, heredero al trono tras la muerte de su padre, falleció al año siguiente; otra muerte, en este caso la de Carlos, duque de Berry, en 1714, dejaba la Corona de Francia en manos del futuro Luis XV, hijo del Gran Delfín, sobrino de Felipe de Anjou, que en esos momentos era un niño. Estas muertes, plantearon la posibilidad de que el trono de Francia recalará en los Orleáns si el bisnieto del Rey Sol moría.

67. Francia concedía las peticiones inglesas: Gibraltar, Menorca, el asiento de negros, el navío de permiso, la interrupción de las obras del puerto de Dunquerque y la cesión de Acadia y Terranova, a la vez que daba las garantías necesarias para que las Coronas de Francia e Inglaterra no se unieran en una misma persona. VEENENDAAL, A.J.: *Op. cit.* p.321. Sobre el curso de las negociaciones véase: CASTELLVÍ, F. de: *Op. cit.* vol. III. pp. 395-396.

68. CASTELLVÍ, F. de: *Op. cit.* vol. III. p. 397. La delegación inglesa estaba encabezada por el obispo de Bristol y el conde de Strafford. A pesar de que Castellví acusa a los ingleses de querer poner fin a la contienda, lo cierto es que a partir de 1709, la clase rectora holandesa ya se estaba planteando abandonar el conflicto, debido a las dificultades económicas, y reconocer al candidato borbónico como rey de España. Al mismo tiempo, las relaciones entre Inglaterra y Holanda empezaron a deteriorarse porque ésta última sospechaba que su aliada únicamente consideraría sus propios beneficios comerciales, los cuales no estaría dispuesta a compartir, como realmente sucedió. A pesar de todo Holanda, en gran medida gracias a Heinsius, Gran Pensionario, no abandonó la alianza antifrancesa y hasta 1711 siguió prestando su colaboración a Inglaterra. A este respecto: COOMBS, D.S.: *The conduct of the Dutch: British opinion and the Dutch alliance during the War of Spanish Succession*. La Haya, 1958. ISRAEL, J.I.: *The Dutch Republic. Its Rise, Greatness and fall, 1477-1806*. Oxford, 1993.

contienda se debió a motivaciones de carácter individual, se salió con la suya ya que se acordó que las reuniones empezaran el 21 de enero de 1712 en la ciudad de Utrecht⁶⁹.

El archiduque Carlos era consciente de la grave situación en la que se encontraba, ya que la salida de la guerra de Inglaterra, podía poner punto final a su aventura española. Pero Inglaterra continuó al lado del archiduque, favoreciendo la elección imperial de Carlos, pues era lo que mejor convenía a los negocios ingleses en el continente, por eso la reina Ana actuó como valedora del candidato Habsburgo ante los electores del Imperio; finalmente, será coronado emperador en Frankfurt, el 22 de diciembre⁷⁰. Pero, por otra parte, como se ha mencionado anteriormente, ya no estaba tan dispuesta a sostener la candidatura del archiduque Carlos al trono español, paralizando las repetidas solicitudes del embajador imperial en Londres, conde de Gallas, para continuar la guerra contra los Borbones, que pasan a ser sistemáticamente rechazadas, debido a los excesivos gastos que acarreaban⁷¹.

Las palabras de Bolingbroke suenan más a excusa que a otra cosa, pues el político inglés trata de notificar al embajador imperial, con buenas palabras, que ha sido Inglaterra la que realmente ha sostenido la causa del archiduque y, por lo tanto, la reina puede hacer lo que mejor convenga a sus intereses, sin que se le pueda reprochar nada; e incluso se critica que la Casa de Austria no empeñara mayores recursos en la lucha contra los Borbones; lo que puede ser interpretado como el límite del apoyo inglés a la causa austracista. Pero Carlos, en su viaje a Alemania para ser coronado emperador, consciente de la importancia de Inglaterra para su triunfo en España, no se dio por vencido y continuó insistiendo a la reina Ana para que los refuerzos ingleses, tanto en hombres como en dinero, siguieran llegando, a la vez exhorta a Inglaterra a que no haga caso a las peticiones francesas de paz; del mismo modo, manifiesta su deseo de continuar la guerra, para lo cual, aprovechando su viaje, está procediendo a reclutar el mayor número de efectivos posibles⁷².

A pesar de sus esfuerzos, el archiduque Carlos no fue capaz de conseguir que las negociaciones de paz continuaran su avance, pues el 18 de mayo de 1712 Bolingbroke acordó un armisticio con Francia. A pesar de todo continuó con su doble juego, comunicando a los holandeses que no había llegado a ningún acuerdo con Francia, y que no

69. Carta de la reina de Inglaterra a los electores y príncipes del Imperio sobre auxiliar la elección de emperador a favor del rey Carlos. 9-5-1711. *Ibidem*. pp. 322-323.

70. «La reina ha sido bastante generosa en no mirar sus intereses ni limitar sus gastos a lo que pendían de ella los tratados, sin pedir que los aliados hiciesen esfuerzos o a proporción de los suyos o a proporción de los que la razón hacía necesarios y que puede ser estaban en estado de hacer. La España ha sido de 7 años a esta parte el teatro de una vivísima guerra cuyos acontecimientos han variado a menudo, los gastos siempre necesarios y este peso enteramente sostenido por la reina». Respuesta del secretario Bolingbroke al embajador austriaco, conde de Gallas, sobre la continuación de la guerra en España. 22-8-1711. *Ibidem*. pp. 333-335.

71. Carta del rey Carlos a la reina de Inglaterra persuadiéndola a la continuación de la guerra. 24-10-1711. *Ibidem*. pp. 356-357.

72. *Ibidem*. p. 400.

lo haría si ello significaba ir en contra de los intereses de sus aliados⁷³. Pero era evidente que las cosas habían cambiado. Esta mutación se puede apreciar en dos teatros de operaciones: Flandes y Cataluña, la pasividad inglesa significará la derrota de la causa aliada en los mencionados territorios. En el norte, el sucesor de Marlborough en los Países Bajos, el duque de Ormond, nombrado a instancias de la mayoría *tory*, no tenía ninguna intención de enfrentarse a los franceses; limitándose a ocupar, a mediados de julio: Gante, Brujas y Dunquerque. Pero Holanda y Austria no se resignaban a ver como era Inglaterra la que obtenía las mayores ventajas, la primera optó por hacer un imponente esfuerzo económico que le permitiera pagar a las tropas que anteriormente costeaban los ingleses y, actuando conjuntamente con los austriacos, continuaron la lucha contra Francia. Pero su deseo de actuar al margen de Inglaterra, se vio frustrado cuando las tropas aliadas al mando de Eugenio de Saboya fueron vencidas por el mariscal Villars en Denain (24 de julio de 1712)⁷⁴. Esta derrota significó la sumisión de Holanda a los designios ingleses, a la vez que ponía de manifiesto la inoperancia de la alianza anti-borbónica si ésta no contaba con la participación inglesa, pues eran los hombres y, sobre todo, el dinero británico los que hacían posible la lucha contra Francia.

Mientras tanto, en el Principado, las tropas inglesas, comandadas por el duque de Argyll⁷⁵, que combatían apoyando la causa austracista, recibieron órdenes, en el mes de septiembre, de embarcarse hacia Mahón, poniendo fin a su intervención en defensa del archiduque. Al igual que en Flandes, sin los subsidios ingleses, la causa Habsburgo estaba perdida, como se comprobó poco después. Llegados a este punto, las críticas de Castellví hacia la postura adoptada por Inglaterra son implacables; según su opinión, Inglaterra se opuso a que Cataluña fuera una república independiente, ya que una de las condiciones para la firma del acuerdo definitivo era que Cataluña se integrara en la Corona española, como se desprende del acuerdo alcanzado en marzo de 1712, aunque no entraría en vigor hasta julio del año siguiente, entre milord Lexington, por parte inglesa y Felipe V, para poner fin a las hostilidades⁷⁶.

En la Corte de Viena, a finales de 1712 se tenía constancia de que Inglaterra había tomado partido por el pretendiente Borbón, pero a pesar de todo, se insiste en que continúe la ayuda para mantener los reinos de la Corona de Aragón bajo la obediencia del Archiduque; se hace hincapié en el caso de Cataluña, que debía constituirse como república independiente, bajo protección de los aliados, especialmente Inglaterra. Esa es

73. *Ibidem*. pp. 452-453.

74. El duque de Argyll había sido designado a principios de 1711, comandante de las tropas británicas destinadas en Cataluña, sustituyendo a Peterborough.

75. «El ministerio inglés contradijo la demanda del emperador de erigir a Cataluña en república como imperitante e impracticable, y así se ha visto después que el designio del Ministerio inglés era de sacrificar la nación catalana a sus caprichos (.....) El ministerio inglés mandó a milord Lexington que con una ligera apariencia continuara la instancia a favor de los catalanes, tanto por ser un acto de humanidad, cuanto por ser del interés del rey Felipe, porque de esta manera se facilitaría que los alemanes dejarían la Cataluña». *Ibidem*. pp. 416-417.

76. Representación de monsieur de Hofmann, residente cesáreo en Londres, a la reina de Inglaterra, a favor de los catalanes. 2-11-1712. *Ibidem*. pp. 474-476.

una de las condiciones puestas por los Habsburgo para poner fin a la guerra, la otra era la promesa de compensaciones territoriales en Italia⁷⁷. Inglaterra se mostró inflexible, no temblándole el pulso a la hora de abandonar a sus aliados en su propio beneficio, pues era consciente de que negociaba desde una posición de fuerza, como reflejan las palabras de Bolingbroke⁷⁸.

Estas manifestaciones corroboran lo expuesto anteriormente, Inglaterra ve inviable la constitución de una Cataluña independiente; por otra parte, notifica al representante imperial su aislamiento; de manera que, o se suscriben los planteamientos ingleses, o si quiere seguir luchando, el Imperio deberá hacerlo solo. El cambio de posición de Inglaterra llegó a tal extremo que, incluso, tras el Tratado de Evacuación (marzo de 1713), por el que las tropas aliadas dejaron el Principado, su flota colaboró en el asedio de la ciudad de Barcelona, rendida por Berwick el 11 de septiembre de 1714⁷⁹.

Los acontecimientos descritos reflejan, sin ningún género de dudas, que sin Inglaterra, a pesar de los esfuerzos desesperados de Holanda y Austria, no se podía continuar la lucha; de modo que los beligerantes comprendieron que era mejor llegar a un acuerdo. Debido a este cambio de actitud, a principios de 1713, las negociaciones avanzaron considerablemente, sobre todo cuando Holanda, en relación con el asunto de la Barrera, acercó posiciones con Inglaterra, este acercamiento se tradujo en la firma del Segundo Tratado de la Barrera (30 de enero de 1713). Según dicho acuerdo, se reducía el número de plazas en las que los holandeses podían establecer guarnición⁸⁰,

77. «(.....) Sobre la proposición de erigir en república el Principado de Cataluña, esta idea no parece la más practicable. Se seguirían perpetuas guerras, y este valeroso pueblo sería la víctima, y su país el teatro de estas guerras. La reina cree que los catalanes hallarán mucho mejor su seguridad establecida por el perdón general con restitución de bienes y honores que ha sido prometido (.....) Estando concluida la suspensión de armas entre la Gran Bretaña, Francia y España, y que la escuadra holandesa ha recibido orden de retirarse del Mediterráneo, ha creído la reina, hacer recuerdo a S.M.C. de la situación en que se hallan la emperatriz y el ejército en Cataluña y proponerle tomar con tiempo las medidas necesarias para la seguridad de uno y otro (.....) La reina contribuirá a retirarse de aquel país, así la emperatriz como las tropas, y asegurar su mansión el poco tiempo que se necesitase para la retirada. En cuyo caso no duda la reina que el emperador no venga en una neutralidad en Italia, (.....) o bien si juzga a propósito continuar solo la guerra contra la Francia y la España». Respuesta dada por el secretario Bolingbroke a la representación hecha por el residente cesáreo monsieur Hofmann. 10-11-1712. *Ibidem*. pp. 476-477.

78. A este respecto, Castellví da a conocer una serie de documentos que demuestran el entendimiento entre Madrid y Londres a costa de los catalanes. Entre ellas destacan una carta del embajador inglés en Madrid, milord Lexington, en la que aconseja al representante francés, Orry, que firme la paz con Portugal para centrar todos los esfuerzos en el sometimiento de los catalanes, algo impensable en 1710. También recoge la petición del general Patricio Lawles, enviado de España en Londres, para que Inglaterra prestara navíos a Felipe para el bloqueo de Barcelona. *Ibidem*. pp. 721-722.

79. Una relación de las operaciones militares que llevaron a la toma de Barcelona es: *Diario puntual de todo lo sucedido en el sitio de Barcelona desde el día 7 de junio de 1714 hasta el día 11 de septiembre de dicho año, que se tomó a fuerza de armas* (...). B. N., Mss. 12.949, n° 31.

80. Estas plazas eran: Furnes, Fort Knocke, Ypres, Menin, Tournai, Mons, Charleroi, Namur y Gante, junto con los fuertes de Perle, Philippe y Damme. Fue necesario un tercer acuerdo (noviembre 1715) entre Holanda y el Imperio, bajo auspicio inglés, para liquidar definitivamente esta cuestión. Según el Tercer Tratado de la Barrera, según el cual los holandeses perdían el derecho a mantener una guarnición

a la vez que Holanda se comprometía a aceptar los términos acordados por Francia e Inglaterra respecto a la suspensión de hostilidades.

Salvada la resistencia holandesa a plegarse a los deseos ingleses, la firma de la paz estaba próxima, siendo rubricada, tras más de un año de negociaciones, en los acuerdos de Utrecht (marzo-abril 1713). En virtud de los cuales los aliados, salvo el Imperio, firmaban la paz con Francia; mientras que, por otra parte, entre junio y julio, alcanzaban la paz con España. El acuerdo entre España e Inglaterra, se firmó el 13 de julio de 1713; intervinieron, por parte inglesa, los referidos Bristol y Strafford; por parte española, el duque de Osuna y D. Isidro Casado Acevedo de Rosales, marqués de Monteleón⁸¹. Este tratado, que formalizó los acuerdos alcanzados cuatro meses antes por los plenipotenciarios de ambas naciones, reconocía a los ingleses el privilegio de enviar cada año a las Indias Occidentales un navío de 500 toneladas (navío de permiso), el monopolio de la trata de negros⁸² por treinta años (el asiento de negros), y un territorio en el Río de la Plata para guardar a los esclavos y proceder a su venta; también se reconocía la posesión inglesa de Gibraltar y Menorca⁸³.

El triunfo inglés llegó a tal punto que, incluso en la forma de llevar a cabo las negociaciones, se impuso su criterio frente a los deseos de los aliados, en especial del Imperio, pues éstos últimos eran partidarios de que se presentaran propuestas comunes a los aliados, mientras que Inglaterra deseaba que cada contendiente expusiera a Francia sus peticiones. A pesar de este viraje, la casa de Habsburgo no estaba dispuesta a consentir que el trono de España quedara en manos de los Borbones⁸⁴.

en: Mons, Gante y Charleroi, pero el Emperador cedía Venlo, Stevensweert y el fuerte Saint Michel. Finalmente, el Emperador se comprometía a aportar 21.000 hombres (sobre un total de 35.000) para la defensa de los Países Bajos y un subsidio anual de 500.000 coronas para pagar a las tropas holandesas. PITT, H.G.: «La paz de Utrecht» en *Historia del Mundo Moderno de la Universidad de Cambridge* (edición española: Barcelona, 1979) Vol. 6. El auge de Gran Bretaña y Rusia. p. 346.

81. CASTELLVÍ, F. de: *Op. cit.* vol. III. p. 523.

82. Por el asiento, Inglaterra podría introducir durante 30 años hasta un total de 144.000 esclavos a través de la *South Sea Company*. Tanto la reina de Inglaterra como el rey de España figuran como partícipes por mitad en el negocio y cada uno en la cuarta parte, por lo que se debe considerar como una verdadera empresa mixta mercantil hispano-británica. Hasta ese momento el tráfico de esclavos no había estado gestionado por la Corona, sino que se encargaban de él asentistas particulares; al conceder el monopolio a los ingleses, por primera vez España figura como beneficiaria del mismo, participando directamente en las ganancias. De modo que la concesión de este monopolio a los ingleses, no fue tan negativo como la historiografía tradicional ha querido hacer, pues reportó cuantiosos ingresos a la Real Hacienda. LEÓN SANZ, V.: «La llegada de los Borbones al trono» en: GARCÍA CÁRCCEL, R. (coord.) *Historia de España. Siglo XVIII. La España de los Borbones*. Madrid, 2002, p. 57.

83. JVER ZAMORA, J.M^{te}: *Op. cit.* p. 25.

84. «El Emperador fiaba en las contingencias de su tiempo: la mucha edad del rey Luis y un príncipe de tres años que debía sucederle, los grandes achaques de la reina Ana, la inquietud del pueblo de Inglaterra, la poca satisfacción de los holandeses y generalmente de todos los aliados, le daban esperanza que en el espacio de una campaña podía mudarse el sistema y volver a encenderse con más fuerza la guerra». CASTELLVÍ, F. de: *Op. cit.* vol. III. p. 517.

Aunque era comprensible que Carlos estuviera dispuesto a agotar hasta la última posibilidad para hacerse con el trono; sobre todo confiaba en un vuelco de la situación política en Inglaterra, pues la correspondencia con sus enviados en Londres revelaba el malestar producido entre los *whigs* con la firma del tratado de paz con Francia. Según esta facción, partidaria de una rendición incondicional de Francia y de estrechar lazos con Holanda, las concesiones francesas eran ambiguas. Por ejemplo: las compensaciones territoriales y comerciales obtenidas por Inglaterra, eran mínimas comparadas con lo que Francia obtenía; Dunquerque, por su parte, había sido evacuado por la promesa de una compensación; la estratégica posesión de Estrasburgo continuaría siendo francesa, con lo que tendrían la llave del Imperio; la Barrera holandesa era insuficiente y podía ser, en un futuro, desbordada por las fuerzas francesas⁸⁵.

De modo que el Emperador aceptó una lucha cara a cara con Francia que, tras las conquistas francesas de Landau (junio 1713) y Friburgo (septiembre), se vio obligado a abandonar, dando inicio a las conversaciones de paz con los Borbones. Las reuniones entre Borbones y Hasburgos, encabezadas por el mariscal Villars y el príncipe Eugenio de Saboya, culminaron en la paz de Raastatt (Alemania) en marzo de 1714, dicho acuerdo fue ratificado en septiembre de ese mismo año en Baden (Suiza). Aunque los dos pretendientes al trono no firmaron la paz hasta 1725. De esta forma, aunque a lo largo de 1715 continuaron firmándose tratados entre España y los aliados, a la vez que se producían algunas acciones bélicas menores, se ponía fin a la Guerra de Sucesión Española, un conflicto que marcó una nueva era en la historia de Europa, ya que se pone fin a la hegemonía francesa y se asiste al nacimiento de una nueva potencia.

CONCLUSIONES

La principal consecuencia del fin de la Guerra de Sucesión Española es el advenimiento de Inglaterra como gran potencia en el concierto europeo. Al igual que para España fueron las guerras libradas en Italia contra Francia, para ésta, la Guerra de los Treinta Años, o para Rusia las guerras contra Suecia; la contienda sucesoria española, y sobre todo los Tratados de Utrecht, son el comienzo de la preponderancia inglesa en Europa y, por extensión, en el mundo.

Las ventajas obtenidas por Inglaterra, territorialmente, pueden parecer pequeñas a primera vista, pero debemos tener en cuenta que era más favorable a sus intereses la posesión de enclaves estratégicos y de compensaciones comerciales, que la posesión de extensos territorios, más costosos y más difíciles de administrar⁸⁶.

85. «(.....) Las ofertas de la Francia son cautelosas y en ningún modo proporcionadas a las ventajas que S.M. puede justamente esperar para sus reinos y para sus aliados; no siendo dichas ofertas suficientes para conservar el equilibrio de poder en Europa, pues aun cuando se cumpliesen sobre el pie propuesto por la Francia, no afirman seguridad alguna en lo venidero». *Ibidem*. pp. 479-480.

86. Aunque ya se ha aludido a las adquisiciones inglesas en la guerra, recapitulando, de Francia obtuvo: el reconocimiento de la dinastía inglesa reinante (aunque la reina Ana murió en agosto de 1714, subiendo al trono Jorge I Hannover), la demolición de Dunquerque, la renuncia de los privilegios comerciales obtenidos por Francia, tanto en las Indias como en la península; y finalmente, la cesión de Terranova, Acadia,

Podemos afirmar que Inglaterra obtiene su posición privilegiada gracias al poder naval. Se debe tener en cuenta que la Armada es la verdadera fuerza de Inglaterra, aunque tras las campañas de Marlborough los dirigentes ingleses empiecen a confiar en las fuerzas de tierra, pues gracias a ella han sido capaces de imponer sus condiciones dentro de la Gran Alianza. El dominio del mar ha permitido que Inglaterra pueda asentarse en territorios estratégicos, a los que anteriormente no había tenido acceso, o su presencia era poco significativa (aunque como se ha expuesto anteriormente, la búsqueda de la hegemonía marítima no fue algo que surgió de la nada, sino que surgió de un proceso madurado lentamente).

Por otra parte, la muerte de Carlos II, en 1700, abrió un periodo de incertidumbre en Europa del que se podían obtener importantes beneficios. En este sentido, la llegada de Guillermo III al trono de Inglaterra, rompe la política defensiva con respecto a Francia, iniciada por sus antecesores, y opta por ser protagonista y pasar a hacer la guerra; junto a ello es necesario destacar el extraordinario potencial económico de Inglaterra, que es lo que permite subsistir financieramente a la Gran Alianza. Como hemos tenido ocasión de ver, cuando Inglaterra decide poner fin a su participación en el conflicto, el resto de los aliados se ven incapaces de continuar con la lucha, pues dependen de la financiación británica; de la misma manera, cuando se toma esa decisión, Inglaterra, consciente de la dependencia económica de sus aliados, no tendrá ningún reparo en abandonarlos. En este sentido, se aprovecha de la disparidad de criterios entre los miembros de la Gran Alianza, pues aparte de estar de acuerdo en la derrota de Luis XIV, en muy poco más habrá consenso entre ellos.

Es evidente que Inglaterra fue la nación más beneficiada con los acuerdos de Utrecht, pues ha conseguido imponer en el continente un equilibrio de fuerzas entre las principales potencias continentales, el cual le permite centrar todos sus esfuerzos en el dominio del mar, donde casualmente no se impone este principio. El tan nombrado equilibrio europeo, que surge tras la Guerra de Sucesión Española, está basado en el antagonismo entre Francia y el Imperio, que van a ser las dos grandes potencias continentales; esto ha podido conseguirse compensando al Imperio con parte de los territorios europeos de la Monarquía Hispánica (los Países Bajos, Milán, Nápoles y Cerdeña), a la vez que Francia se ha visto obligada a hacer importantes concesiones. Este sistema será cimentado por la presencia de «barreras» entre las dos potencias, a saber: Holanda, Saboya y los principados alemanes. De igual manera, Inglaterra se comprometerá a apoyar a estas entidades políticas para defender, por la fuerza si es necesario, las «barreras». Análogamente, en virtud de la defensa del principio de equilibrio, se comprometerá a intervenir cuando éste se vea amenazado. Pero junto las dos potencias citadas, en los albores del siglo XVIII, se asiste al nacimiento de Rusia y Prusia como naciones destinadas a jugar un activo papel durante esta centuria, y que significarán una amenaza al equilibrio.

la isla de San Cristóbal y la bahía de Hudson. Mientras que por parte española obtenía: la concesión del asiento de negros, el navío de permiso; y Gibraltar y Menorca.

En otro orden de cosas, se puede concluir que Inglaterra, bien mediante el control directo de determinados asentamientos, o indirectamente, a través de naciones aliadas o con un peso específico nulo, va a pasar a controlar las principales rutas del comercio mundial. Por ejemplo, en el caso del Mediterráneo, la posesión de Gibraltar y Menorca y la presencia de aliados en zonas tan importantes como Nápoles o Sicilia, permite a Inglaterra dominar el Mediterráneo occidental. De igual forma, va a obtener una posición hegemónica en el comercio americano, pues con las ventajas obtenidas en los tratados de paz, se encontrará en condiciones de imponerse en este ámbito. En el Báltico y el Mar del Norte, también ocurre algo parecido, pues muy hábilmente, los Países Bajos españoles pasan a manos de una potencia sin tradición mercantil, comercial y marítima, como es el caso del Imperio; la única amenaza, Francia, tampoco podrá significar un riesgo ya que Dunquerque, el famoso nido de corsarios flamencos, que tuvo su apogeo durante el reinado de Felipe IV, ha sido desmantelado. Finalmente, Inglaterra también sacará provecho de la debilidad sueca, tras haber sido vencida por Rusia, para tratar de introducirse en otra zona comercial de gran importancia.

Concluyendo, Inglaterra ha configurado en Europa un sistema político a su medida, ya que ninguna potencia va a poder imponer su voluntad sin su beneplácito; convirtiéndose en el guardián de Europa, pues allá donde se produzca un conflicto, Inglaterra intervendrá, nivelando la fuerza de hipotéticos contendientes, en defensa del equilibrio europeo. A pesar de todo, este sistema se verá amenazado: en primer lugar, por los sucesivos intentos de España de revisar lo recogido en Utrecht, referentes a la pérdida de los territorios italianos, posteriormente por los repartos de Polonia, la Guerra de Sucesión Austriaca y la Guerra de los Siete Años; pero Inglaterra, al contrario que las potencias hegemónicas de los siglos anteriores, será capaz hacer frente, con éxito a los desafíos a su supremacía, e incluso incrementarla.